

INSTITUTO DE ESPAÑA

**HOMENAJE A LA
ANTIGÜEDAD ACADÉMICA**

CELEBRADO EL 12 DE DICIEMBRE DE 2023
EN HONOR DEL EXCMO. SR. D.

ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS



MADRID, 2023

INSTITUTO DE ESPAÑA

HOMENAJE A LA ANTIGÜEDAD ACADÉMICA

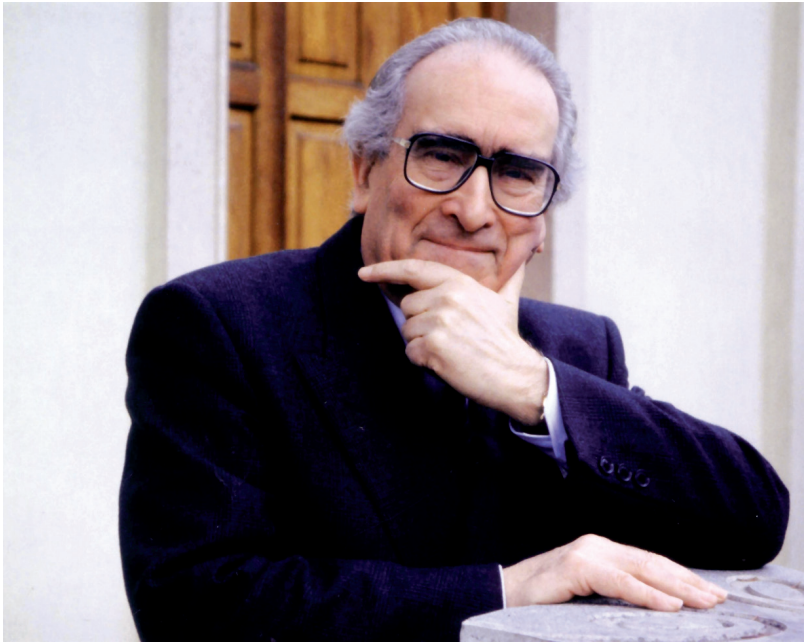
CELEBRADO EL 12 DE DICIEMBRE DE 2023
EN HONOR DEL EXCMO. SR. D.

ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS



MADRID, 2023



Alfonso López Quintás

Homenaje ofrecido en nombre del Instituto de España
por el Excmo. Sr. D. RICARDO SANMARTÍN ARCE,
de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Excelentísimos Señor Presidente y Miembros de la Junta Rectora del Instituto de España,

Señoras y Señores académicos,

Señoras y Señores

Agradezco a la Junta Rectora esta sentida ocasión para tomar la palabra en nombre de todos, y ofrecer, en el Instituto de España, el Homenaje a la Antigüedad Académica del año 2023 en honor del Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás, querido compañero de la Real Academia de Cc Morales y Políticas, admirado y leído maestro, no solo por sus libros y artículos, sino también por haber escuchado con gran interés sus reflexiones no solo cultas y académicas, sino también llenas de sabiduría.

No pretendo resumir su dilatada vida en unas pocas palabras, ni repetir su inmenso curriculum académico (cuyo resumen adjunto al final de mi texto), pues su enumeración agotaría mi breve espacio de tiempo. En gran medida está en la mente de cuantos le hemos leído o escuchado. Solo recordaré cómo su forma comprometida de entender la vida intelectual orientó al joven López Quintás hacia los movimientos fenomenológico, existencial y dialógico en el campo de la Filosofía. Intuyó que la importancia concedida por Karl Jaspers y August Brunner al concepto de lo "inobjetivo" ("*das Ungegenständliche*") abría muchas puertas a la investigación del ser humano. Para subrayar su sentido positivo, lo tradujo como "superobjetivo", que posteriormente se-

ría reemplazado por “ámbito” o “realidad abierta, donante de posibilidades creativas”. López Quintás adivinó prontamente la inmensa fertilidad que presentan, en muchos campos, las realidades a que se alude con dicho término. A su estudio dedicó su tesis doctoral –que inspiró su primera trilogía: la Metodología de lo suprasensible, El triángulo hermenéutico y la Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura.

Sus estudios de Filosofía en las universidades de Colonia y Viena entre los años 1956 y 1962 han fundado en él una sólida y honda formación de la que se han beneficiado sus muchos alumnos en la Universidad Complutense, en la de Comillas, en la Francisco de Vitoria, en el Seminario Xavier Zubiri (del que es co-fundador) o en distintas universidades americanas, en algunas de las cuales han llegado a crearse cátedras con su nombre.

Sin duda, aunque solo los mencione, le será muy grato recordar a sus queridos maestros Romano Guardini, Alois Dempf, Ferdinand Ebner y Gabriel Marcel.

Su dedicación a la Filosofía, la Estética, la Pedagogía, las Ciencias Humanas, los Valores y la Creatividad le han hecho merecedor de premios internacionales y Doctorados (*Life Fellow of the International Academy for Philosophy*, Premio Internacional Viktor Frankl, o la Medalla Anáhuac en Humanidades entre otros).

Es miembro del Consejo Directivo de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía, Colaborador del Instituto Mundial de Alta Investigación y Enseñanza de la Fenomenología, así como de la Unión Mundial de Sociedades Filosóficas Católicas, Miembro Fundador de la Sociedad Española de Fenomenología y Asociado a la Institución Francesa “Présence de Gabriel Marcel”.

Su constante actividad académica sigue invitando a la reflexión en más de 50 libros publicados (muchos de ellos traducidos a varios idiomas), y más de 130 artículos, así como varias tesis doctorales y cerca de 30 artículos sobre su obra.

En un momento de celebración gozosa como este, prefiero recordar. el núcleo de su trabajo académico que, como siempre, da en el centro del ser humano, donde se esconde una singular hondura universalmente sentida, aunque difícil de nombrar en una época de tan rápidos cambios socioculturales.

Alfonso López Quintás no es solo Catedrático de Filosofía (centrado en la Estética). Su amor a la sabiduría ha sido siempre generoso al derramarse en la escritura y la palabra a través de su preocupación constante con la docencia. Su enseñanza no solo se funda en la historia del pensamiento, sino también en la experiencia de la vida y en su práctica estética. En sus obras ha reclamado nuestra atención sobre la importancia del encuentro entre el pensador y la vida con la que dialoga, consciente de que aquello que va encontrando no se sujeta al deseo de quien piensa, sino que posee su propia alteridad desde la cual nos interpela reclamando nuestra escucha.

Su preocupación por la juventud, por la transmisión docente, nace de su atenta observación del mundo y la cultura, sobre sus crisis y logros. Su obra es así el fruto de un compromiso con lo contemplado en esa experiencia que siempre es dialógica al fundarse en el encuentro. No celebramos pues solo una antigüedad académica, sino una verdadera vocación. Una parte importante de esa experiencia docente e investigadora, observadora del ser humano y de la vida, además de formalizarse en la Filosofía, es alimentada por la música. Nuestro autor aprendió música en España y Alemania, sabe tocar el piano y toca el órgano. Ha dirigido coros y practicado el canto gregoriano, es, por tanto, un usuario activo, no solo pasivo, de la música. Esa práctica sostenida en el tiempo le ha aportado una experiencia que, a un filósofo sensible como él, le ha permitido detectar las posibilidades metodológicas de otras formas de acceso a realidades no solo estéticas, sino transobjetivas. En su trato con Romano Guardini –al principio en las clases universitarias y las homilías en la iglesia de San Luis de Munich, luego en una afectuosa relación personal– descubrió que el gran éxito del pensador italoalemán se debía a su

rigurosa atención a lo real. Como su maestro Guardini, siempre trató las realidades superiores –las personales, las culturales y las religiosas– con los conceptos adecuados a las mismas. La música, la literatura, los altos ideales culturales y los valores morales, han sido factores tan importantes en su trabajo como los demás campos de la Filosofía. Así, desde su experiencia, Alfonso López Quintás ha fundado siempre su reflexión no en el mero pensar, sino, como decía Dilthey, en el querer, el sentir y el representar, sabiendo y sintiendo que son muchos los modos de lograr un conocimiento verdadero.

Quizás, esa selección de temas pueda no ser fácilmente entendida en este tiempo tan marcado por las innovaciones tecnológicas, las tensiones políticas, las crisis migratorias y las guerras. Sin embargo, esa dificultad no sería sino una prueba del valor crítico de nuestro autor, nacido en Galicia en 1928, poco antes de la Guerra Civil Española, entre las dos Grandes Guerras, tan citadas como responsables de un ahondamiento en el nihilismo. Sus tempranos estudios de Filosofía y Teología, su ordenación en los años cincuenta y su experiencia de aquellos años, abrieron su atención a lo suprasensible, lo viviente, lo superobjetivo, el espíritu de Europa, la belleza y la creatividad. Trabajar en tan difíciles ámbitos nos da testimonio de la excelencia de su respuesta académica a la realidad de la historia.

Esos temas los ha tratado con rigor, precisando su elusiva naturaleza, matizando las diferencias entre fenómenos afines que tantos malentendidos han producido. Para el Profesor López Quintás no es lo mismo vértigo y éxtasis, valor y deseo, poseer que elegir y aceptar ser poseído, yuxtaponer o relacionar, fusión o integración, objeto o ámbito, novedad y creatividad. También su experiencia pedagógica le muestra la diferencia entre informar y formar, subrayando el carácter dialógico de la transmisión, el juego en el que maestro y discípulo -como el paciente y su médico comprometido, el padre y su hijo, o todo *tú y yo*- aprenden lúdicamente a crecer integrando una relación que cambia a ambos (como también reconocía C. G. Jung al explicar los procesos

de curación de sus pacientes). Precisar y distinguir procesos tan humanos aporta instrumentos para la hermenéutica en todas las Ciencias del Espíritu, en todas las Ciencias Morales y Políticas.

Su dedicación a este tipo de ciencias le ha llevado a escribir varios libros sobre la metodología que la singularidad del Espíritu exige. Desde su primer libro en 1963 "Metodología de lo supra-sensible" en que defiende la hermenéutica, sigue con dos volúmenes en 1967 bajo el título "Hacia un estilo integral de pensar", tema sobre el que vuelve y ahonda en 1971 con "El triángulo hermenéutico" y que inevitablemente permea el resto de sus obras.

Sin duda, esa preocupación metodológica no solo es muestra de la autoexigencia del autor, sino de su conciencia de los cambios morales que percibe desde su dedicación docente, o al observar la cultura.

En realidad, muchos de sus esclarecimientos categoriales al contrastar vértigo y éxtasis, fusión e integración, novedad y creación o valor y deseo, los ha tratado López Quintás como expresión de una confusión entre niveles y tipos de experiencia que, de hecho, responden a realidades cualitativamente distintas. Es aquí donde resume, en una aparentemente sencilla diferencia entre tres niveles, algo de gran complejidad.

Su orientación fenomenológica le lleva a atender al modo radicalmente distinto en que pueden ser vividas las cosas y las relaciones personales según se limite o, por el contrario, se abra la atención a la compleja relación que liga cada concepción, cada afección o cada acción en un inacabable juego de posibilidades que trasciende a cada sujeto. En una relación de mera posesión y manipulación de objetos, el sujeto limita sus posibilidades a la seguridad que siente en un dominio en el que nada le trasciende. Obviamente, la realidad así vivida escasamente nos cuestiona, pero esa seguridad se gana a costa de cerrar la vida en un pequeño horizonte. Atender a la alteridad de esas mismas cosas o personas evidencia la imposibilidad de dominarlas, pero abre

todo un mundo de posibilidades llenas de valor en el que solo se intuye la riqueza cualitativa que nos trasciende y apela.

En esos procesos de cambio y crecimiento, en los que el contexto pide como respuesta una observación que se abra al juego de nuevas posibilidades, Alfonso López Quintás nos muestra la verdadera naturaleza de los valores y el papel central de la creatividad. Las categorías que propone en su hermenéutica son parte importante del método, eso sí, un método ajustado al ámbito de su estudio. Comprender desde el goce lo que J.S. Bach, Ludwig van Beethoven y tantos clásicos compusieron requiere adentrarse hondamente aceptando su apelación hasta abrir una atención receptiva y responder buscando el sentido que las relaciones desplegadas en ese encuentro proponen. Ese esfuerzo es solo un primer paso para lo que en otro método sería meramente nombrar el objeto de estudio. Lo que pone en juego el investigador en tan singular atención, según nuestro homenajeado compañero, es una respuesta tan creadora como la del propio arte. Solo así se deja atrapar: con el *querer* y el *sentir*, y no solo con el *representar*.

Asumir activamente las posibilidades lúdicas y valiosas en un encuentro integrador que trae a la historia una unidad cargada de la energía de los valores es una acción inaugural, creadora de un nuevo nivel de complejidad.

Los valores operan, pues, tanto en el proceso creador, como en el ámbito de estudio y en el método hermenéutico, en un proceso dialógico que amplía constantemente el contexto en el que se integra su reflexión. En su obra, crear no es mero despliegue de alguna capacidad, ni simple novedad, sino asumir las posibilidades valiosas que el encuentro con el mundo pone en juego ante la atención abierta y receptiva de quien lo contempla. Es acción, pero fundada en una atención receptiva y abierta, capaz de recibir pasivamente el encuentro de valor que trasciende al sujeto. Se trata, por tanto, de una respuesta comprometida ante la demanda de sentido que nace del uso de los valores cuya

ausencia hiere o dificulta la satisfacción de la necesidad de crecimiento, una necesidad de toda persona que, desde su radical inacabamiento, vive en pos de su propia unidad y plenitud.

Ya comentó Max Weber el papel central que el uso instrumental de los valores tiene en la creación de una relación de valor que configure propiamente el objeto en toda investigación social. El filósofo y fenomenólogo, desde su excelente formación alemana, lo ha probado siempre en sus trabajos, pues ha respondido al reto que la circunstancia histórica le planteaba. Ha sabido captar la relevancia de los hechos particulares de la historia europea en los que se encarnaban sus crisis colectivas y ha respondido al sentirse apelado por los valores.

Para Alfonso López Quintás, todo valor muestra su realidad con la fuerza con que se nos desvela en el encuentro, aunque no quepa medirlo ni cuantificarlo. Importa, es la misma dignidad, y seguir o no su impulso nos configura en toda acción. Por eso su presencia y su ausencia en los hechos apela al ser humano en demanda de una respuesta creadora que lo encarne en una acción buena, en una obra bella y verdadera. Usamos esa energía en todo emprendimiento, en la acción política, en el arte, en el amor y en el trabajo, como así lo prueba la excelencia de esta antigüedad académica que hoy celebramos en honor de nuestro compañero a quien, de corazón, felicitamos.

Ricardo Sanmartín Arce

CURRICULUM

Estudios, cargos académicos y actividad docente

1941-1951: Estudios de filosofía y teología en seminarios de la Orden de la Merced. En 1951 fue ordenado sacerdote en Santiago de Compostela (La Coruña). 1951-1956: Estudió Filosofía y Letras en las universidades de Salamanca y Complutense de Madrid. 1956: Premio extraordinario en la tesis de Licenciatura en Filosofía y Letras, Universidad Complutense, Madrid, sobre "La dialéctica en Peter Wust". 1956-1962: Estudios en Alemania y Austria para la preparación de su tesis doctoral sobre "El descubrimiento de lo inobjetivo y la crisis del objetivismo". 1960: Funda el centro español de la Asociación de Derecho Pontificio "Ayuda a la Iglesia Necesitada", de la que fue presidente hasta el 2004. Desde esa fecha es Presidente honorario de esta asociación. 1962: Defensa de la tesis doctoral en la Universidad Complutense, obteniendo la calificación de Summa cum laude. Seguidamente inició su actividad académica como Auxiliar, Adjunto y Agregado. 1983: Catedrático de Filosofía (Estética) en la Universidad Complutense. Desde 1998 es catedrático emérito. Desde 1970 a 1975 fue profesor extraordinario de Filosofía en la Universidad Comillas (Madrid). En 1971 fundó, con Diego Gracia, el Seminario Xavier Zubiri, al que se debe la publicación póstuma de las obras completas de este pensador (más de 20 volúmenes)

En 1975 fue nombrado miembro del Comité Científico de los Convenios sobre Filosofía de la Religión (Universidad de Perugia, Italia). Desde 1981 hasta la actualidad es miembro colaborador de la asociación filosófica The World Institute for Advanced Phenomenological Research and Learning (Boston). Desde 1983 es profesor extraordinario de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino de Tucumán (Argentina) y de la Universidad de El Salvador, en Buenos Aires (Argentina). De 1983 a 1993 fue miembro del Comité Director de la FISP (Fédération Internationale des Sociétés de Philosophie), organizadora de los congresos mundiales de Filosofía en Brighton (Inglaterra), Seúl (Corea), Montréal (Canadá), Río de Janeiro (Brasil), Buenos Aires (Argentina)

y Moscú (URSS). En 1986 ingresó como miembro de número en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (Madrid). Desde 1987 es Miembro Correspondiente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Argentina. Desde 1987 es miembro de la "Académie Internationale de l'Art" (Berna, Suiza). En 1987 fundó la Asociación para el Progreso de las Ciencias Humanas" para difundir el proyecto educativo "Escuela de Pensamiento y Creatividad", extendido actualmente en España y en varios países iberoamericanos (Brasil, Argentina, Chile, México, Perú, Cuba, Costa Rica). En el año 2000 la revista Estudios (Madrid) publicó un número extraordinario (La filosofía y su fecundidad pedagógica) en Homenaje al Profesor López Quintás con motivo de su jubilación en la Universidad Complutense. Desde 2001 es Miembro del Comité Científico de la Revista Krinein, de la Universidad de Santa Fe (Argentina), de la cual es colaborador. En 2002, la Facultad de Teología del Norte de España (Burgos) creó, con la Asociación para el Progreso de las Ciencias Humanas un Instituto de creatividad y valores con objeto de dar a conocer el método y la doctrina de la Escuela de Pensamiento y Creatividad. En 2003, la Universidad Anáhuac de México D.F. fundó la "Cátedra Alfonso López Quintás de creatividad y valores", destinada a difundir en México la Escuela de Pensamiento y Creatividad. Hasta el día de hoy esta cátedra organiza cursos y conferencias, y publica libros de López Quintás. En 2004, fue nombrado Miembro Correspondiente de la Academia de Ciencias Sociales de Mendoza (Argentina).

En 2005, la Escola Superior de Direito Constitucional (de Sao Paulo, Brasil) firmó con la Asociación para el Progreso de las Ciencias Humanas un Convenio para difundir el pensamiento y las obras de López Quintás en todo el país. La entidad constituida por tal convenio se denomina "Núcleo Pensamento e Criatividade". Recientemente ha publicado, en portugués, dos obras del prof. López Quintás y tiene varias más en preparación. En 2006, fue nombrado Life Fellow of the International Academy for Philosophy; recibió el Premio Internacional "El sentido de la vida" (Asociación Viktor Frankl); recibió la medalla "Humanida-

des Anáhuac, 2006" (México). Desde el 2006 hasta la actualidad es Director de tres cursos on line que imparten el título de "Experto Universitario en Creatividad y Valores". En 2007 se creó la "Fundación Alfonso López Quintás para el fomento de la creatividad y los valores" Desde el 2007 hasta la actualidad es profesor de Estética en el Master de Humanidades de la Universidad Francisco de Vitoria (Madrid). Desde 2009 hasta la actualidad dirige en la Universidad Internacional de la Rioja (UNIR), Facultad de Humanidades, el Módulo "Teología católica y su pedagogía", compuesto de cuatro asignaturas (1. Religión cultura y valores; 2) El mensaje cristiano; 3) La Iglesia, los sacramentos y la moral; 4) Pedagogía y didáctica de la religión) para la formación de profesores de religión y para la obtención de la DECA. En 2009 fue nombrado miembro correspondiente de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales. En 2010 fue investido Doctor Honoris Causa por la Universidad Francisco de Vitoria (Madrid)

Libros publicados

1. Metodología de lo suprasensible, vol. I. descubrimiento de lo superobjetivo y crisis del objetivismo, Editora Nacional, Madrid 1963; XV + 633 págs.
2. Romano Guardini y la dialectica de lo viviente, Guadarrama, Madrid 1966; 345 págs.
3. Diagnósis del hombre actual, Guadarrama, Madrid 1966; 102 págs.
4. Hacia un estilo integral de pensar, vol. I. Estética, Editora Nacional, Madrid 1967; 324 págs.
5. Hacia un estilo integral de pensar. vol. II. metodología, antropología, Editora Nacional, Madrid 1967; 359 págs.
6. Filosofía española contemporánea, B.A.C., Madrid 1970; XI+719.
7. El triángulo hermenéutico, Editora Nacional, Madrid 1971; 584 págs.
8. El pensamiento filosófico de Ortega y D'Ors, Guadarrama, Madrid 1972; 434 págs.

9. Cinco grandes tareas de la filosofía actual, Gredos, Madrid 1977; 342 págs.
10. Estética de la creatividad. Juego. arte. literatura, Rialp, Madrid 1998.
11. Estética musical. El poder formativo de la música, Rivera Editores, Valencia 2005.
12. Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre, Narcea, Madrid 1979, 41988; 304 págs.
13. La juventud actual entre el vértigo y el éxtasis, Publicaciones Claretianas, Madrid 31993, 242 págs.
14. Los jóvenes frente a una sociedad manipuladora, San Pio X, Madrid 1985, 21991; 162 págs.
15. El conocimiento de los valores, Verbo Divino, Estella 3 1999; 140 págs.
16. Cuatro filósofos en busca de dios. la fe en alza, Rialp, Madrid 42003, 271 págs.
17. Encuentro y la plenitud de vida espiritual, Publicaciones Claretianas, Madrid 1990; 294 págs. (En poder del autor).
18. La experiencia estética y su poder formativo, Univ. Deusto, Bilbao 2004.
19. El amor humano, su sentido y su alcance (1 libro y 12 cintas magnetofónicas) EDIBESA, Madrid 31994; 256 págs.
20. El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa, Asociación para el Progreso de las Ciencias Humanas, Madrid, 1993, doce cintas de vídeo.
21. La formación por el arte y la literatura, Rialp, Madrid 1993; 170 págs.
22. La cultura y el sentido de la vida, Rialp, Madrid 22003; 324 págs.
23. Necesidad de una renovación moral, Edicep, Valencia 1994, 204 págs.
24. Cómo formarse en ética a través de la literatura, Rialp, Madrid 1997, 350 págs.
25. La formación para el amor. Tres diálogos entre jóvenes, Edit. San Pablo 1995, 126 págs.
26. Cómo lograr una formación integral. el modo óptimo de realizar la función tutorial, Ed. San Pablo, Madrid 1997, 216 págs.

27. El libro de los valores (Gustavo Villapalos y Alfonso López Quintás), Planeta-Testimonio, Barcelona 1996, 102003, 454 págs.
28. El poder del diálogo y del encuentro, BAC, Madrid 2ª 1997, 248 págs.
29. Literatura y formación humana, Ed. San Pablo, Madrid 2ª 1997, 200 págs.
30. Romano Guardini, maestro de vida, Ed. Palabra, Madrid 1998, 416 págs.
31. Manual de formación ética del voluntario, Ed. Rialp, Madrid 1998, 182 págs.
32. La revolución oculta. manipulación del lenguaje. subversión de valores. Remodelación de El secuestro del lenguaje, PPC, Madrid 1998, 358 págs.
33. El espíritu de Europa. Claves para una nueva reevangelización Unión Editorial, Madrid 2000, 263 págs.
34. El encuentro y la alegría, San Pablo, Madrid 2001, 188 págs.; 2ª ed., remodelada, con el título Llamados al encuentro, Ciudad Nueva, Madrid 2011.
35. Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores. (Remodelación de la obra El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa), BAC, Madrid 42003, 528 págs.
36. La tolerancia y la manipulación, Rialp, Madrid 2001, 252 págs.
37. La verdadera imagen de romano guardini, Eunsa, Pamplona 2001, 264 págs.
38. Descubrir la grandeza de la vida, Verbo Divino, Estella 2003, 95 págs.; edición especial en cinco lenguas para un curso sobre valores.
39. Liderazgo creativo, Ed. Nobel, Oviedo 2004.
40. El secreto de una vida lograda, Palabra, Madrid 2003, págs. 342
41. La filosofía y su fecundidad pedagógica, Revista Estudios, Madrid 2003, 253 págs.
42. La defensa de la libertad en la era de la comunicación, Asociación a favor de lo mejor, México 2004, págs. 200; La defensa de la libertad en la era de la comunicación, PPC, Madrid, 2004, 158 págs.

43. El poder transfigurador del arte, Promesa, San José (Costa Rica) 2004, págs.
44. Estética musical. el poder formativo de la música, Rivera Editores, Valencia 2005.
45. Vértigo y éxtasis, Rialp, Madrid 2006.
46. Biblioteca del educador, seis volúmenes, Editorial Puerto de Palos, Buenos Aires 2006. Nueva edición en editorial CORINTER, México 2011.
47. Quince días con Romano Guardini, Ciudad Nueva, Madrid, 2010.
48. El libro de los grandes valores, edición remodelada y ampliada de El libro de los valores, en editorial CORINTER, México 2011.
49. Literatura francesa del siglo XX, CORINTER, México 2011.
50. La ética o es transfiguración o no es nada, BAC. Madrid, 2014.
51. El arte de leer creativamente, Stella Maris, Barcelona, 2014.
52. La novena sinfonía de Beethoven, Rialp, Madrid, 2015.
53. La palabra manipulada, Rialp, Madrid, 2015.
54. El enigma de la belleza, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2016.

Obras publicadas bajo su dirección

Psicología religiosa y pensamiento existencial, dos vols. Guadarrama, Madrid 1963.

Volumen extraordinario de la Revista Arquitectura, dedicado al Arte Sacro contemporáneo, Madrid 73(1965).

El Neopositivismo, el estructuralismo y la Psicología profunda, Centro de Estudios del Valle de los Caídos, Madrid 1978.

Estudios sobre el pensamiento de A. López Quintás

- Muñoz Alonso, Adolfo: “Renacimiento filosófico actual”, distribuido por Pyresa a varios periódicos españoles. Véase, por ejemplo, Mediterráneo, Castello, 15 diciembre 1963.
- “Pensamiento integral. Anotaciones a un libro reciente”, Revista Tercer Programa 8(1963)171-179.
- Strobl, W.: Prólogo a la obra de López Quintás Metodología de lo suprasensible, Editora Nacional, Madrid 1963.
- Tourón del Pié, E.: “Metodología de lo suprasensible”, Crisis 11(1964)451-466.
- Muñoz Delgado, Vicente: “El concepto de objetividad y su problemática”, Salmanticensis 3(1964)561-565.
- “Actualidad del pensamiento de don Xavier Zubiri, La Estafeta Literaria 315(1965).
- Cruz Cruz, Juan: Filosofía de la estructura, Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1966, passim.
- Manzana Martínez de Marañón, J.: “Metodología de lo suprasensible”, Scriptorium Victorense, 13(1966)233-238.
- Silva Castro, Emilio: “Visao projetiva do saber. Considerações a margem duma obra revolucionária”, Verbum, Río de Janeiro, t.23, fasc.4 (dez. 1966)410-431.
- Fernández de la Mora, G.: Pensamiento español, 1966. De Marañón a López Ibor, Rialp, Madrid 1967, págs. 66-70.
- Pensamiento español, 1967. De Castro a Millán Puelles, Rialp, Madrid 1968, págs. 61-68.

- Rivero Iturralde, G.: “Posibilidades y riesgos del descubrimiento y la valoración del ente superobjetivo para una teoría del conocimiento”, *Estudios* (julio-septiembre 1967) 395-413.
- Pikaza, Xavier: “La estructura de la persona, Punta Europa 121(1967) 45-52.
- “López Quintás y el personalismo cristiano”, *Arbor* 277(1969)115-117.
- “La superación del objetivismo. Reflexiones en torno a López Quintás y su ‘Filosofía española contemporánea’”, *Estudios* 89(1970)315-336.
- Plazaola, Juan: *Introducción a la estética*, BAC, Madrid 1974, págs. 248-252.
- Guy, Alain : *Histoire de la philosophie espagnole*, Université de Toulouse Le Mirail, Toulouse, 1983, págs. 367-368.
- López Quintás, Alfonso: *Filosofía española contemporánea*, BAC, Madrid 1970, págs. 354-369 (autoexposición).
- Montes M., Jaime: “El humanismo pedagógico de A. López Quintás”, *Revista Temas de educación*, Universidad de La Serena, Chile 3(1990)107-123.
- Vitar M., Marta: “Reflexiones en torno a un paradigma dialógico del conocimiento y sus proyecciones en la educación”, *Revista Temas de educación*, Universidad de La Serena, Chile, 3 (1990)185-200.
- Otero, José Miguel: “Teología y Literatura”, en *Cristo y el Dios de los cristianos. Hacia una comprensión actual de la teología*, Eunsa, Pamplona 1998, págs. 131-144.
- Perissé, Gabriel: “O objeto e o âmbito no Pensamento de López Quintás. Análise do poema-música de Sérgio Bittencourt”, en <http://www.hottopos.com/convenit/lq3.htm>

Contestación del Excmo. Sr. D.
ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

I. UNA VIDA EN FAVOR DEL ESPÍRITU

Mi larga vida académica estuvo en buena medida guiada por un hondo deseo, casi diría por una misión doble:

- 1ª. Renovar la transmisión del saber moral que, según Alasdair MacIntyre –un referente en la Ética actual–, se interrumpió hace unos años debido a una conmoción espiritual destructiva;
- 2ª. mostrar de modo muy eficiente que estaba equivocado el periodista alemán Peter Seewald cuando le indicó a Benedicto XVI que, según una amplia opinión, el Cristianismo se halla hoy agotado, al modo como ciertas religiones antiguas, tras un período de floración, se agostaron y eclipsaron.

Por el contrario, pienso que los avances del pensamiento europeo en las últimas décadas nos permiten exponer las posibilidades creativas del Cristianismo de la forma más vibrante y fecunda. Sólo con una condición; que se logre un método adecuado a esta magna tarea.

Un método que, por experiencia, sé que da buen resultado lo expuse en dos amplias trilogías y varias obras menores de carácter pedagógico. En ellas recogía el potente mensaje que nos han dejado diversos pensadores y varios movimientos del tiempo de entreguerras: el Movimiento Dialógico (Ferdinand Ebner y Martin Buber), y el Movimiento Existencial (Gabriel Marcel, Karl Jaspers y Martin Heidegger), la francesa «Philosophie de l'esprit» (Louis Lavelle, Aimé Forest, Le Brun, Nedoncelle, René Le Senne, ...), los personalistas Jean Lacroix y Emmanuel Mounier; los fenomenólogos, sobre todo Maurice Merleau Ponty, y otros destacados autores del ámbito germano (R Guardini, O. Fr. Bollnow, L. Binswanger, Hans Urs von Balthasar), y en Italia Bruno forte y el cardenal Martini... Este escribió una obra muy breve pero

densa sobre «La belleza que salva». En ella nos cuenta que, en su novela *El idiota*, Dostoievski relata que el ateo Hipolit le dijo al príncipe Myskin:

«¿Es verdad, príncipe, que dijisteis un día que al mundo lo salvará la belleza?... ¡señores! –gritó fuerte dirigiéndose a todos–, el príncipe afirma que el mundo será salvado por la belleza... ¿Qué belleza salvará al mundo?» (o. c. parte 3ª, cap. V)

Es digno de notarse que el príncipe no contesta a la pregunta sobre la belleza que salva, pero sigue atendiendo generosamente al joven de 18 años que está muriendo de tuberculosis. Esta actitud de amor desinteresado es sin duda muy bella. ¿Será este tipo de belleza el que quiere resaltar Dostoievski cuando, a través del príncipe Myskin, nos anuncia una belleza que salvará al mundo? De hecho, el príncipe se mantiene en un nivel muy alto de amor de entrega, amor transfigurado, amor que es fuente de la más alta belleza.

Vemos que ésta es una forma de plantear los temas culturales con la debida altura. La ingente y valiosa producción de los autores antes citados significa un enriquecimiento de la cultura europea sorprendente, por cuanto han ido a la raíz de los problemas y se han aplicado a la ingente tarea de devolver el sentido cristiano a la vida europea.

Por lo que toca a España, hace unos años se removió mucho la cuestión de la enseñanza de los valores, que sin duda es una cuestión decisiva. Consagramos un seminario universitario a estudiar concienzudamente los libros base con que se debían transmitir los valores, y, lamentablemente, concluimos que el método de enseñanza no era adecuado. Los valores no pueden ser sencillamente «enseñados», como se enseñan, por ej. los ríos de Francia. Los alumnos han de acercarse al área de irradiación de cada uno de los valores para participar de ellos, convertirlos en la meta y el motor de su vida, a medida que ellos van desempeñando su papel dentro del proceso de desarrollo del ser humano.

Este proceso arranca del encuentro del hombre, visto como un ámbito –es decir, un ser dotado de posibilidades creativas–, con otros ámbitos del entorno. Por ejemplo, un pianista que se decide a interpretar una obra musical y darle así vida. Este cruce de ámbitos no constituye una mera suma, sino una integración, y por tanto un modo de unión sorprendentemente elevado. Integrar significa asumir las posibilidades creativas que te ofrece un ámbito y ofrecer las que tú puedas donarle. Juntas dos bolas de billar, y ahora en vez de una, son dos. Pero ambas han quedado como eran, no hay cambiado en nada. Sencillamente, se han sumado. Pero unos monjes medievales, durante un recreo, cantaron una melodía gregoriana (monódica) a la vez y en distintas alturas y dieron lugar al mayor descubrimiento de la historia del arte: la armonía. No sumaron las notas, las integraron.

Esto lo cambia todo, pues tan elevada es la unión que genera el encuentro de dos ámbitos que despierta en quienes se encuentran sentimientos de alegría, plenitud y felicidad. Al pensar que nos basta unirnos con la unión singular del encuentro para sentirnos felices, el ser humano se entusiasma con el valor de la unidad-amor y lo convierte en el ideal de su vida. Esta conversión insta a la persona a perfeccionar la unidad y las distintas formas de amor que ejercita en su vida. Tal perfeccionamiento purifica el amor de todo egoísmo y lo transforma en amor generoso, amor de entrega o amor oblativo.

De esta forma se adentra la persona en el campo de la vida divina, pues, según la gran revelación del «águila de Patmos», San Juan Evangelista, «Dios es amor oblativo –«agape», en griego, «dilectio», en latín–, y el que vive ese tipo de amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 7-8, 16-17). (El paréntesis primero es mío).

Esta doctrina es el mayor antídoto frente a la lucha contra el espíritu que tuvo lugar en Europa tras la primera guerra mundial, y que perdura, con virulencia mayor o menor, hasta el día de hoy. Pensemos en la voluminosa obra de Ludwig Klages: Der

Geist als Widersacher der Seele,(El espíritu como contradictor del alma). Y la obra principal de Arnold Gehlen: Der Mensch, sein Wesen und seine Stellung in der Welt. (El hombre; su esencia y su puesto en el mundo)

Como ejemplos del movimiento de defensa del espíritu, baste citar una famosa conferencia de Th. Håring: Rede für den Geist, (Alocución a favor del espíritu) y la inspirada obra de Th Haecker: Was ist der Mensch, Qué es el hombre. En España tomó partido a favor del espíritu el malogrado pensador Ramiro de Maeztu en su obra: La defensa del espíritu.

La única salvación para lo que muchos entendemos por «Europa» es cultivar al máximo la vida del espíritu frente a los ataques más o menos arteros de que está siendo objeto. Tuve ocasión de exponerlo recientemente en un amplio libro titulado Las cimas de la cultura y el acceso al amor oblativo, Editorial de la UFV, Madrid 2022.

Ese cultivo de la vida del espíritu necesita un método adecuado para llevarlo a cabo. Lo expongo sucintamente en la segunda parte de mi presentación.

II. EL PAPEL DE LA PRUDENCIA EN LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

¿Es prudente lanzarse al agua en una piscina sin saber si tiene la debida altura? Obviamente, no lo es, porque puede acarrear consecuencias muy negativas. ¿Es prudente un hipertenso si toma alimentos muy salados? Sin duda, el médico lo tachará de insensato. Estas imprudencias y otras semejantes se dan en el nivel de la salud y el bienestar fisiológicos.

Elevémonos al nivel de la vida ética y preguntémonos si es prudente una persona casada cuando aprovecha un destino lejano

de la familia para establecer relaciones que rompen la unidad con su cónyuge. Los seres humanos somos "seres de encuentro", según la Biología actual más cualificada. Vivimos como personas, nos desarrollamos y perfeccionamos como tales creando toda clase de encuentros auténticos. Romper una relación de encuentro tan vigoroso y noble, en principio, como es el matrimonio, significa bloquear el desarrollo personal. No tiene, por tanto, sentido, aunque presente para quien lo hace un significado halagador. Dicha ruptura arbitraria constituye, pues, una insensatez. No es prudente provocarla.

¿Resulta prudente iniciar un proceso espiritual sin prever a dónde nos puede llevar? Sin la menor duda responderá negativamente el joven que, en un programa televisivo, manifestó con una tristeza infinita lo siguiente: "Hasta hace poco yo era totalmente feliz: adoraba a mi madre, con la que vivo; quería mucho a mi novia; estaba contento con mi carrera. Era feliz. Pero un mal día me entregué al juego de azar y me convertí en un enfermo del juego, un ludópata. Y desde entonces ni mi madre ni mi novia ni mi carrera me interesan nada. Lo único que me interesa es seguir jugando. Pero lo que más rabia me da es que todo esto lo hice libremente. Y ahora me veo convertido en un esclavo".

Este joven pensaba que sólo hay una forma auténtica de libertad: la libertad de maniobra, la capacidad de elegir en cada momento lo que nos dictan nuestras apetencias. Esta forma de elegir es egoísta, y el egoísmo nos lanza a vivir experiencias de vértigo o fascinación. Me hubiera gustado poder decirle a este joven que levantara el ánimo, porque le quedaba toda la vida para disfrutar del descubrimiento que le iba a ayudar a hacer, al indicarle que la libertad de maniobra no es más que una condición para ejercitar la libertad creativa, que es la única verdadera libertad, la que nos eleva a lo mejor de nosotros mismos.

No pocos errores graves que cometemos en la vida son debidos al desconocimiento de lo que somos como personas, de las condiciones de nuestro desarrollo. Este joven desconocía segu-

ramente que existen dos procesos básicos que podemos seguir en la vida, y que el proceso de vértigo nos halaga, no nos exige nada, nos promete todo y nos lo quita todo al final. Exactamente lo que le pasó a él. Ese fracaso podía haberse previsto, pero él no pudo hacerlo por desconocer la condición falaz del vértigo. Tal ignorancia le impidió ser prudente, ver en bloque su vida y prever dónde podía llevarle la entrega afanosa al juego de azar.

Nuestras apetencias, impulsos y deseos son en sí algo bueno, por ser manifestaciones de vida, pero no llevan en sí su justificación, es decir, no están de por sí orientados hacia el bien de la persona. En el animal, los instintos están regulados por la especie y aseguran la pervivencia de los individuos. Dejándose llevar de los instintos, los animales actúan bien, se ajustan a los dictados de su especie. El hombre, en cambio, es insensato si piensa que saciar las apetencias es siempre bueno. Es halagador, pero en muchos casos puede llevarnos a la destrucción de nuestra vida personal. No es, por tanto, prudente atender sólo a las ganancias inmediatas que nos reporta satisfacer un deseo, seguir un impulso, dar rienda suelta a los instintos. Estas tendencias constituyen un valor para nosotros, por lo que implican de energía vital; pero esta energía puede convertirse en un factor destructivo si no la orientamos debidamente, conforme a las exigencias de nuestra condición de personas.

Para saber con precisión lo que implica nuestro ser personal debemos acudir a los resultados de la mejor investigación científica y antropológica, y a lo que nos revela nuestra experiencia diaria. Sabemos que somos "seres de encuentro". Por eso, los biólogos recomiendan vivamente a las madres que, a no ser en caso de enfermedad, amamenten por sí mismas a sus hijos, porque amamentar a un hijo es más que darle alimento; es acogerlo. Lo que más necesitan los niños al nacer es, en el nivel fisiológico, alimento, bebida y oxígeno; en el nivel personal, su mayor necesidad es la de ser acogidos, rodeados de amor y ternura. Ese acogimiento les inspira confianza en el entorno y los dispone para el encuentro, que es la base de la vida personal.

Nada nos importa más en la vida que saber con exactitud qué es el encuentro, rigurosamente entendido, cuáles son sus exigencias y sus frutos. Para ello debemos realizar doce descubrimientos, que nos permitan descubrir –no sólo aprender– lo que es el encuentro, lo que son los valores y las virtudes, y cuál es el verdadero ideal de nuestra vida. Realizados tales descubrimientos, advertiremos con toda lucidez que ser prudente consiste en tomar el ideal verdadero como el principio inspirador e impulsor de toda nuestra vida.

III. LOS DESCUBRIMIENTOS BÁSICOS

Primer descubrimiento: los objetos y los ámbitos

Para realizar estos descubrimientos, hemos de mirar de forma penetrante a nuestro alrededor, y advertir que hay realidades *cerradas* y realidades *abiertas*. Realidad cerrada es la que está ahí sin tener relación alguna conmigo; por ejemplo, una tabla cuadrada que veo en el taller de un carpintero. En este momento no me ofrece posibilidad alguna para realizar la actividad que tengo entre manos. La veo, por tanto, como un mero “objeto”, una realidad cerrada. Pero figurémonos que pinto en ella unos cuadraditos en blanco y negro. Esta sencilla operación convierte la tabla en *tablero*. He aquí la primera *transfiguración*. La tabla se ha convertido en realidad abierta porque ahora es capaz de ofrecernos posibilidades para jugar en ella al ajedrez o a las damas. Es una realidad que se abre a nosotros para permitirnos hacer juego, crear jugadas, tender a una meta, ejercitar la imaginación creativa... Por ser una realidad abierta y abarcar cierto campo, vamos a llamarle *ámbito de realidad*, o sencillamente *ámbito*. Como tal, tiene un rango superior a la tabla vista como objeto.

Con la tabla puedo hacer lo que quiero: venderla, canjearla, manejarla a mi antojo, porque es sencillamente para mí una realidad delimitable, pesable, agarrable, situable en un lugar o en otro. Con el tablero en cuanto tal, es decir, en cuanto estoy jugando en él un

determinado juego, no debo actuar arbitrariamente: he de respetar las normas que dicta el reglamento. Si convenimos en que la tabla como objeto pertenece al *nivel 1*, el tablero –como campo de juego– tiene una categoría superior; pertenece al *nivel 2*.

Acabamos de descubrir dos tipos de realidades –objetos y ámbitos– y dos actitudes distintas respecto a ellas: la de simple manejo y la de colaboración respetuosa. Hemos vivido una *transfiguración* y un *ascenso de nivel*. Ello nos permite *liberarnos* del apego a las realidades dominables –que siempre se hallan fuera de nosotros– y cobrar afecto a las realidades abiertas, a las que podemos unirnos de forma más estrecha. La relación que puedo tener con un tablero de juego es más intensa que con la tabla, ya que *jugar es crear relaciones entrañables de colaboración*¹.

Un fajo de papel pautado que está en una papelería es un objeto. Lo compro, y escribo en él una composición musical. Con ello, transformo el fajo de papel en una *partitura*, y lo elevo del *nivel 1* al *nivel 2*. El fajo de papel es mío, lo poseo, puedo utilizarlo para cualquier fin: escribir en él, abanicarme, encender una estufa... Pertenece al *nivel 1*. Lo puedo destinar a diversos fines, usarlo de diferentes maneras, pero no me ofrece de momento unas posibilidades concretas que sean para mí un cauce de acción. Si ese fajo de papel es convertido en partitura, y tomo ésta como guía para interpretar la obra que se expresa en ella, debo respetarla al máximo, colaborar con ella, serle fiel, ajustar mi acción a las normas que me da. Estamos en el *nivel 2*.

De nuevo nos encontramos con dos realidades de distinto rango y dos actitudes diferentes por nuestra parte. Observemos que con la partitura me uno de forma más entrañable que con el papel que le sirve de base, pues es el medio expresivo en el que

¹ Un amplio estudio sobre el concepto de juego defendido por la filosofía actual puede verse mi obra *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura*, Rialp. Madrid ³1998, pp. 30-183.

se me revela una obra musical que he de convertir en el impulso de mi obrar. La partitura me invita a asumir las posibilidades expresivas que me transmite, me guía en mi proceso de aprendizaje hasta que me advierte que mi interpretación es adecuada. El papel está siempre fuera de mí; es una realidad exterior que sólo puedo tratar de forma lineal, sometiéndola a diversas acciones que yo ejecuto y ella padece. Con la partitura puedo y debo establecer una relación *reversible*, una suerte de diálogo, que supone un *espacio de intercambio*, casi un *campo de intimidad*.

Un piano, visto como *mueble*, es un objeto, del que puedo disponer. Un piano, tratado como *instrumento*, es un ámbito, una fuente de posibilidades de sonar. Como intérprete, debo colaborar respetuosamente con él. Seguimos en el *nivel 2*.

Ascendamos de rango dentro de este *nivel 2*. Una persona, por ser corpórea, puede ser agarrada, movida de un lugar a otro, situada aquí o allí. Pero el cuerpo, aunque lo parezca a primera vista, no es un objeto *-nivel 1-*; supera inmensamente la condición de objeto porque es el medio expresivo de toda la persona. Merece el mismo respeto que ésta. Se halla en el *nivel 2*. Visto como persona, todo ser humano es una fuente de posibilidades de diverso orden. Abarca cierto campo, porque crea relaciones, asume parte del pasado y proyecta un futuro, tiene deseos, anhelos, sentimientos de diverso orden... Como todo ámbito, exige de nosotros una actitud de respeto, estima y colaboración. Nos hallamos en el plano más alto del *nivel 2 de realidad y de conducta*.

Esta forma de ver nuestra realidad humana opera una verdadera *transfiguración* en nuestra mente y nuestra actitud. Por el contrario, si, al tratar a una persona, sólo tomo en consideración su cuerpo y la reduzco a medio para mis fines, la rebajo de rango, la envilezco, le hago injusticia, soy violento con ella. Cada tipo de realidad nos pide una actitud adecuada. La actitud que debemos adoptar respecto a las personas no es la dominadora y posesiva, sino la respetuosa, generosa, colaboradora, servicial, que es, justamente, la actitud reclamada por las realidades abiertas para

dar de sí todas sus posibilidades. Al adoptar esa actitud acogedora, puedo crear con las demás personas modos de unión estrechísimos, íntimos. El paso de la mera vecindad física a la forma de intimidad que se establece entre el poema y el declamador, entre una persona y otra cuando se encuentran constituye una transfiguración sorprendente. *Esta transfiguración da lugar a la auténtica cultura, que significa, radicalmente, el arte de crear formas valiosas de unidad con los seres circundantes.*

Estas formas de unión resplandecen en los diversos tipos de *experiencias reversibles*.

Segundo descubrimiento: Las experiencias reversibles

Es muy importante el descubrimiento de los ámbitos o realidades abiertas porque, al ofrecernos posibilidades de acción y recibir de alguna forma las nuestras, nos permiten vivir experiencias superiores al manejo de objetos. Veámoslo de cerca rehaciendo la experiencia de declamación de un poema.

Me habla alguien de un poema que figura en un libro. Es algo que está ahí; sé que es una obra literaria, pero no me preocupo de asumir las posibilidades que me ofrece y darle vida; lo tomo como una realidad que se halla en mi entorno, pero no se relaciona conmigo activamente, ni yo con ella. Se halla a mi lado, pero alejada, como si fuera una *realidad cerrada*, un *objeto*. Pero un día abro el libro y aprendo el poema de memoria, “de corazón” –como dicen expresivamente los franceses e ingleses–; es decir, asumo activamente las posibilidades estéticas que alberga y lo declamo creativamente, dándole el tipo de vida que el autor quiso otorgarle. En ese momento, el poema actúa sobre mí, me nutre espiritualmente, y yo configuro el poema, le doy el ritmo debido, le otorgo vibración humana, lo doto de un cuerpo sonoro. Esa experiencia de declamación no es meramente “lineal”, no actúo yo solo; es reversible, bidireccional, porque ambos nos influimos mutuamente: El poema influye sobre mí y yo sobre el poema. Estamos no sólo *unidos*, sino *integrados*.

Antes de entrar en relación con él, el poema era distinto de mí, distante, externo, extraño, ajeno. Al asumir sus posibilidades estéticas y declamarlo, el poema se me vuelve *íntimo*, sin dejar de ser distinto, pues nada hay más íntimo a nosotros que aquello que nos impulsa a actuar y da sentido a nuestra actividad. De esta forma, el poema deja de estar *fuera de mí*, en un lugar *exterior a mí*. Él y yo formamos un mismo *campo de juego*. En eso consiste ser *íntimos*. La unión de intimidad sólo es posible en el *nivel 2*, el de la creatividad. En este nivel todo se transforma. Los objetos se convierten en ámbitos. Las experiencias lineales se vuelven experiencias reversibles. Lo que está *fuera* se hace *íntimo*. El *dilema* "o dentro o fuera" se transforma en *contraste*. Los términos que lo componen no se oponen; se contrastan y complementan. Entre el que declama el poema y el poema se crea un nuevo tipo de unión: el de intimidad. La partitura que era externa se torna íntima. La persona que era distinta y distante se vuelve íntima sin dejar de ser distinta. El proceso de desarrollo humano es una trama de transformaciones, que nos producen sentimientos de asombro y admiración. Nuestra vida se va transformando cuando creamos relaciones de encuentro con los ámbitos del entorno que ya existen y con los que se van creando como fruto de tales relaciones. Realizar esas sucesivas transformaciones es la tarea primordial de la formación ética.

Esta transformación de lo externo, extraño y ajeno en íntimo da lugar a una forma eminente de unión. Ningún tipo de unión con un objeto alcanza el carácter entrañable que adquirimos al crear un campo de juego con una realidad abierta, que nos ofrece posibilidades creativas. Subrayemos bien este descubrimiento: *con un objeto no podemos realizar experiencias reversibles; sí con un ámbito*. De ahí que, al descubrir la existencia de los ámbitos, se nos abran inmensas posibilidades para comprender a fondo las leyes del desarrollo personal. Entre ellas destaca la relación que media entre ser fiel a una realidad abierta y sentirse libre interiormente, libre con *libertad creativa*.

Al asumir fielmente las posibilidades que me ofrece un poema, me atengo a él, le soy fiel, lo tomo como una norma que me

guía, y justamente entonces me siento inmensamente libre, libre para crearlo de nuevo, darle vida, llevarlo a su máximo grado de expresividad. Fijémonos qué modo tan fecundo de *transfiguración* se opera aquí: libertad y norma son entendidas de modo tan profundo que dejan de oponerse entre sí; se complementan. En el *nivel 2*, la libertad que cuenta es la *libertad creativa*. La norma que nos interesa es la que procede de alguien que tiene, no tanto *mando*, cuanto *autoridad*, es decir, capacidad de promocionar nuestra vida en algún aspecto². Un declamador literario, un intérprete musical, un actor de teatro... se sienten tanto más libres cuanto más fieles son a los textos y a las partituras. Cuando actuamos creativamente, es decir, cuando asumimos de forma activa las posibilidades que nos da una obra –literaria, musical, coreográfica, teatral...–, y le ofrecemos las nuestras nos unimos con una *unidad de integración*, y convertimos el *dilema* “libertad-norma” en un *contraste* enriquecedor. La relación sumisa de la libertad con la norma se transforma en una relación de *liberación y enriquecimiento*: la norma, asumida como una fuente fecunda de posibilidades, me libera del apego a mi capricho, al afán de hacer lo que me apetezca.

Amengua, con ello, mi *libertad de maniobra*, pero incrementa mi *libertad interior* o *libertad creativa*, libertad para crecer como persona asumiendo normas fecundas. No olvidemos este dato: *Toda transformación va unida con una liberación y con el incremento de nuestra capacidad de crear formas auténticas de cultura.*

Esta es la gran tarea de nuestra vida como personas: crear unidad con el entorno. ¿Hemos pensado alguna vez en las distintas formas que tenemos de unirnos con las realidades de distinto rango que nos rodean? Mi relación con otra persona puede ser superficial o profunda, interesada o generosa, pasajera o esta-

² Recordemos que el vocablo “autoridad” procede del verbo latino “augere” (promocionar), del que se derivan “auctor” y “auctoritas”.

ble, frívola o seria... La creación de formas de unidad profundas, generosas, estables, serias... es el origen de la verdadera cultura.

No hay cuestión más importante en nuestra vida que aprender a crear modos elevados de unidad y, por tanto, de cultura. Esto es posible si consideramos las realidades circundantes como ámbitos, no como objetos, según quedó de relieve en la experiencia del poema o de la canción.

Tercer descubrimiento: El encuentro

Cuando nos relacionamos con otras personas, la experiencia reversible que vivimos se denomina *encuentro*. En ella se crea una relación más intensa y rica, en ciertos aspectos, que en la declamación de un poema o en la interpretación de una canción. El encuentro no se reduce a mera vecindad física. Podemos estar muy cerca de otras personas durante años y no encontrarnos, en sentido riguroso, ni una sola vez, por no haber recibido de ellas posibilidad alguna creativa o no haberla acogido activamente. Las personas, por ser realidades abiertas –es decir, “ambitales”–, tienen la capacidad de ofrecer posibilidades a otras personas y recibir activamente las que ellas les otorgan. Si lo hacen mutuamente, crean un campo de ayuda, de enriquecimiento, de comprensión y afecto. Si tú y yo creamos esa relación fecunda de *integración*, experimentamos una singular *transfiguración*: seguimos siendo seres distintos, pero dejamos de ser distantes, externos, extraños, ajenos. Tú ya no estás fuera de mí y yo de ti. Nos hallamos en un *espacio de intimidad*. Por eso tus problemas son mis problemas y tus triunfos son mis triunfos.

Los objetos están siempre *fuera* de nosotros. Pueden afectarnos, pero *desde fuera*. La unión máxima que podemos establecer con ellos viene inspirada por la utilidad. Pero ésta es una relación quebradiza, relativa a diversas circunstancias internas y externas. En cambio, un ámbito –por ejemplo, un poema– puede llegar a sernos muy íntimo, en virtud de su propia capacidad de convertirse en el principio y el impulso de nuestra actividad como

declamadores. En un nivel todavía superior, una persona puede compartir con nosotros grandes ideales y crear formas excelentes de unión, superiores en muchos aspectos a las que podemos establecer con una canción o un poema.

Esa transformación de dos personas distintas, externas, extrañas y ajenas en dos personas *íntimas* es algo valiosísimo, pero nada fácil. Todo lo grande hay que comprarlo a un alto precio. Para encontrarse de esta manera rigurosa, debemos cumplir varias exigencias.

La primera y primaria es la *generosidad*. *Generosidad* procede de *generare*, generar, engendrar. Es generoso el que genera nueva vida, debido a su condición abierta y colaboradora. Si nos abrimos a las demás realidades con afán, no de dominarlas y ponerlas a nuestro servicio, sino de enriquecerlas, ofreciéndoles posibilidades de desarrollarse, estamos bien dispuestos para acoger activamente las posibilidades que tales realidades nos ofrezcan. Esa forma de acogimiento se define como *creatividad*. La creatividad lleva en su base la generosidad. En cambio, el egoísmo –el repliegue sobre sí– bloquea la capacidad creativa y anula la serie de transformaciones que tienen lugar durante el proceso de crecimiento. El egoísta no se realiza plenamente, bloquea su desarrollo personal. La transfiguración progresiva de nuestra realidad personal depende de nuestra actitud abierta y generosa.

De la generosidad se derivan las demás condiciones del encuentro:

- *La apertura veraz y sincera al otro*. La sinceridad suscita confianza; la doblez produce desconfianza, invita a replegarse sobre sí y no hacer confidencias. Esa falta de apertura bloquea el encuentro.
- *La cordialidad o ternura*. El trato cordial lubrica las relaciones humanas. La actitud hosca las torna desapacibles y, a la postre, conflictivas.
- *La fidelidad*. Ser fiel no se reduce a aguantar; supone crear en cada momento lo que uno, en un momento determinado, prometió crear: por ejemplo, un hogar, una comunidad religiosa...

- *La paciencia*, entendida, no como mero aguante, sino como ajuste a los ritmos naturales.
- *La comunicación*. Comunicarnos con afecto es darnos al tiempo que transmitimos algo.
- *La participación en tareas comunes valiosas*. “Amarse no es mirarse el uno al otro. Es mirar juntos en una misma dirección”³. Esta bella frase de Saint-Exupéry podría glosarse de este modo: “Amarse no es mirarse el uno al otro, por la complacencia que ello pueda suponer; es perseguir conjuntamente un ideal valioso”.

Cuarto descubrimiento: los valores y las virtudes

Estas condiciones del encuentro nos capacitan para encontrarnos y desarrollarnos como personas. En cuanto capacidades para crear diversas formas de encuentro, esas actitudes se denominan *valores*. Los valores asumidos por nosotros como formas de conducta reciben el nombre de *virtudes*. En la línea de la tradición latina, todavía hoy llamamos “virtuoso” de un instrumento musical al que tiene la capacidad de tocarlo con maestría.

Acabamos de realizar dos descubrimientos importantes: el tercero (el encuentro) y el cuarto (valores y virtudes). Nos situamos, con ello, en una posición privilegiada para descubrir aquello que decide nuestro crecimiento como personas. Será el quinto descubrimiento, el decisivo.

Quinto descubrimiento: el ideal de la unidad

Cuando nos encontramos de veras, porque cumplimos las exigencias del encuentro y vivimos de forma virtuosa, experimentamos los frutos de este género altísimo de relación. Entre ellos resaltan los siguientes:

³ Cf. Antoine de Saint-Exupéry: *Tierra de los hombres*, Círculo de lectores, Barcelona 2000, p. 178. *Terre des hommes*, Gallimard, París 1939, pp. 234-235.

1. *El encuentro nos da energía interior e, incluso, física.* No es un fenómeno extraño, porque somos "seres de encuentro", y, al encontrarnos, movilizamos nuestras mejores posibilidades, damos a nuestro yo todo su alcance, lo ponemos en vibración con fuentes de iniciativa complementarias, y con ello lo "centramos". Cuenta en sus *Memorias* el genial pianista Arturo Rubinstein que, algunas tardes, se sentía tan fatigado que estaba a punto de suspender los conciertos. Acudía a la sala con temor de no poder realizar su tarea, pero, al ver de lejos el teclado del piano, notaba que le venían las fuerzas, y, al atacar el primer acorde, cobraba una energía tal que podía tocar durante horas con vehemencia. Esta súbita recuperación se explica porque un pianista no ve el teclado del piano como una sucesión monótona de teclas en blanco y negro (*nivel 1*), sino como una fuente inagotable de formas musicales (*nivel 2*). Al iniciar el encuentro con una obra, se ve interiormente impulsado por la energía que genera toda música auténtica.

2. *El encuentro fomenta nuestra creatividad.* Por *creatividad* entiendo la capacidad de asumir activamente ciertas posibilidades que nos vienen dadas con objeto de dar lugar a algo nuevo dotado de valor. Los seres humanos nacemos con determinadas *potencias*: inteligencia, voluntad, sensibilidad artística, poder inventivo... Estas potencias, para ejercitarse, necesitan contar con *posibilidades*. Si dispongo, por ejemplo, de sensibilidad poética y recibo posibilidades expresivas de un determinado poema, soy capaz de declamarlo y darle vida, convirtiéndolo de meramente *virtual* en *real*. Esa declamación es un acto creativo; crea una relación de intimidad con el poema y lo dota de un cuerpo sensible sonoro, de un ritmo y un tempo precisos, de una peculiar capacidad de persuasión.

3. *Al encontrarnos, alumbramos una luz peculiar.* Si quiero conocer de verdad a Mozart, debo tratarlo, crear relaciones de encuentro con él a través de sus obras. No me basta leer un tratado sobre su vida y su genial producción. La verdad de Mozart la intuyo al vibrar con la enigmática gravedad del ada-

gio de su *Quinteto para cuerdas y viola en sol menor*, la esperanzada súplica de su *Réquiem*, la transparente elegancia de sus *Sonatas para piano*, la expresividad contundente de su *Don Giovanni*, la alegre seriedad de sus cuartetos... En sus obras se nos muestra Mozart en toda su verdad, en la trama de relaciones que componían su abismal personalidad.

Cada obra es una fuente de luz para quien se adentra en ella con objeto de darle nueva vida. Intenta comenzar con un *tempo* demasiado rápido el *Concierto n° 4 de Brandenburgo* de Juan Sebastián Bach. Verás cómo, hacia el compás 183, la obra misma te recomienda que vuelvas al comienzo y moderes el ritmo, a fin de que el pasaje rapidísimo del violín solista no se convierta en una mancha sonora, antes adquiera todo su mordiente.

4. *El encuentro nos llena de alegría*, porque nos pone en vías de realización personal.

Cuando nos encontramos con algo muy valioso, nos produce *entusiasmo*. En griego, "enthousiasmós" significaba "inmersión en lo divino", es decir, en lo perfecto, perfecto en belleza, justicia, bondad, verdad...

5. *En el encuentro logramos la felicidad*. El entusiasmo surge cuando sentimos plenitud interior. Y ésta se traduce en un sentimiento de felicidad, que se manifiesta en sentimientos de paz, amparo, gozo festivo o júbilo. Cuando hay encuentro, hay fiesta. Todas las fiestas –biográficas, nacionales, religiosas– proceden del encuentro, y de él reciben su peculiar encanto, su alegría y entusiasmo desbordantes, su condición feliz y pacífica.

Cuando, en medio de una vida llena de azares, nos vemos inundados de energía, poder creador, luz, alegría, entusiasmo, felicidad, paz, amparo y júbilo, descubrimos con toda lucidez que el encuentro es el valor más alto de nuestra existencia, es decir, la

mayor fuente de posibilidades de desarrollo. Ese valor es *el ideal auténtico de nuestra vida*. Adivinamos que vale la pena apostar por ese valor, optar por él, vincularse incondicionalmente con la unidad y sus valores concomitantes: el bien –y la bondad–, la justicia, la belleza..., altísimos valores que contribuyen a crear las formas de unión más elevadas. Esa vinculación incondicional constituye el *nivel 3*.

Este ideal no es una mera idea; es una *idea motriz*, dinamizadora, que impulsa nuestra vida y le da sentido. Le da sentido porque, al vivir plenamente el ideal de la unidad y comprometernos en toda circunstancia con el bien, la justicia y la belleza, vivimos auténticos encuentros.

El espíritu profundo que debe inspirar nuestra actitud en el *nivel 2* viene dado por la actitud propia del *nivel 3*. El encuentro se hace del todo auténtico cuando superamos la actitud egoísta, que nos une a los demás por algún tipo de interés. A medida que optamos por la unidad, la bondad, la justicia, la belleza, nos vinculamos a las realidades del entorno por la inmensa riqueza que vislumbramos en tales valores. Aquí surge con toda su fuerza liberadora y formativa la *Pedagogía de la admiración*. De nuevo advertimos que cada transfiguración que experimentamos al crecer como personas supone una *liberación*, un ascenso hacia un modo superior de creatividad.

Optar por el ideal de la unidad –así entendido– supone una transfiguración nueva y sorprendente de nuestra vida personal. Al comprometernos incondicionalmente con la unidad, el bien, la justicia, la belleza, adquirimos una gran *flexibilidad* para potenciar nuestro centro personal con el de los demás, y un grado notable de *fecundidad*, en cuanto da lugar a modos de vinculación que generan nueva vida.

Ambas adquisiciones –la fecundidad y la flexibilidad– nos permiten descubrir, a la luz del ideal, los aspectos decisivos de la vida humana.

Con rapidez y profundidad, a la vez, el ideal de la unidad nos permite ver la vida a una nueva luz. Realizamos, así, los descubrimientos restantes, los que van del sexto al duodécimo.

Sexto descubrimiento: la libertad creativa

Nuestra verdadera libertad –la *libertad interior* o *libertad creativa*– consiste en elegir con vistas a realizar el ideal de la unidad, no a impulsos de nuestras apetencias. En los niveles 2 y 3, la libertad se enriquece al asumir normas fecundas. La *sumisión a las normas* se transforma en *liberación de la arbitrariedad*. Este tipo de liberación presenta un carácter muy positivo. No olvidemos que nuestra vida es dinámica; consiste en una marcha hacia nuestra gran meta. Ser libre es liberarnos de cuanto nos impide llegar a ella plenamente, no entregarnos a algo que nos orienta por una vía opuesta. *La libertad auténtica radica en tomar como canon de vida el ideal de la unidad.*

Este ideal constituye el “elemento” de nuestra vida como personas. El “elemento” del pez es el agua. El del mono, el aire, sobre todo en entornos boscosos. El “elemento” de la persona humana es el amor, la unidad incondicional y desinteresada. El que no vive para fundar modos auténticos de unidad amorosa se halla fuera de su “elemento” natural. Este exilio espiritual resulta asfixiante para el espíritu.

Séptimo descubrimiento: el sentido de nuestra vida

Nuestra vida personal se colma de sentido cuando se orienta decididamente hacia el ideal de la unidad. *Tener sentido* equivale a *estar bien orientado*. Querer llegar a una ciudad en un avión destinado a otra es literalmente *insensato*, carece de sentido.

El conocido psiquiatra vienés Víctor Frankl dedicó su intensa vida a mostrar que la causa principal de los desarreglos psíquicos que padecen las gentes actualmente son provocados por la concien-

cia de que su vida carece de sentido, no tanto por la represión sexual –como afirmaba Sigmund Freud–, ni por la falta de poder –como sugería A. Adler–. De ahí la importancia de constatar que dirigir la vida hacia un ideal que es auténtico porque responde a nuestra dignidad de personas nos da energía y sentido. Por el contrario, un ideal que es falso por no acomodarse a nuestra condición de “seres de encuentro” puede darnos una gran energía, pero nos priva de sentido, por tratarse de una energía devastadora.

Lo comprendió bien el gran Beethoven al hacer esta recomendación a sus hermanos en su testamento de Heiligenstadt: *“Recomendad a vuestros hijos la virtud: sólo ella puede hacer feliz, no el dinero, yo hablo por experiencia; ella fue la que a mí me levantó de la miseria; a ella, además de a mi arte, tengo que agradecerle no haber acabado con mi vida a través del suicidio”*⁴. Ya sabemos lo que son las virtudes y cómo arrancan todas de la generosidad. Nos consta que Beethoven fue muy dadivoso y cordial con los necesitados. Con su sobrino Carlos se volcó hasta el exceso, dedicándole su precioso tiempo y sus menguados recursos económicos. Para socorrer a unas religiosas puso todas sus obras a disposición del organizador de un festival benéfico. Su gran arte musical lo cultivó ardientemente no sólo por cultivar la belleza sino por hacer felices a los demás. *“A mí se me concedió –escribió en una ocasión– el don de vivir en un plano de increíble belleza. La tarea de mi vida consiste en transmitir algo de esa belleza a los hombres a través del lenguaje que mejor conozco: el musical”*. Estas palabras resultan especialmente expresivas si se recuerda que la mayoría de sus obras –las de los períodos segundo y tercero de su producción– fueron compuestas por Beethoven cuando se hallaba alejado del mundo del sonido. Componía para los demás, desde el silencio de su imaginación creativa, a pesar de estar privado del encanto peculiar de

⁴ Una traducción directa del alemán puede ver en mi *Estética Musical. Poder formativo de la música*, Amazon 2021, pp. 337-340.

los sonidos. *"¡Oh divinidad! –escribe en su Testamento–, Tú ves mi interior, lo conoces, tú sabes que en él habitan el amor a los hombres y la inclinación al bien"*.

Esta bondad se tradujo en una profunda solidaridad, virtud a la que entonó un himno inigualable en su *Novena Sinfonía*. Suele decirse que ésta, en su último tiempo, es un canto a la alegría. Nada más cierto, pero el ámbito de alegría desbordante en que nos sumerge es fruto de la solidaridad de los hombres entre sí y de todos con el "Padre amoroso que habita por encima de la bóveda estrellada", en expresión de la *Oda a la alegría* de Friedrich Schiller.

Esa fiel solidaridad de Beethoven colmó de sentido su vida, la orientó hacia la auténtica meta y la dignificó de tal manera que, a pesar de la angustia que le producían sus carencias físicas, nunca osó ponerle fin, antes le parecía demasiada corta a la vista de la tarea que debía realizar: *"...Me parecía imposible –anota en el Testamento– dejar el mundo antes de producir todo aquello para lo que me sentía dotado (...)"*⁵.

Octavo descubrimiento: nuestra capacidad creativa

La creatividad no es cualidad exclusiva de los genios, como se pensó en el Romanticismo. Todos podemos ser creativos, en cuanto recibimos activamente posibilidades que nos permiten dar vida a algo nuevo dotado de cierto valor: una obra artística, una relación humana positiva en el hogar, en una clase, en un lugar de trabajo... En la línea de los maestros bizantinos, artistas como Rafael, Miguel Ángel, Picasso y tantos otros asumen las posibilidades expresivas que laten en la relación que media entre una madre y un hijo y crean bellísimas "maternidades". De esos artistas decimos, con razón, que son creativos. Pero una madre que amamanta a su hijo con la debida ternura es, asimismo,

⁵ Ibid.

altamente creativa por tejer con él la “urdimbre afectiva” que le permitirá desarrollarse plenamente como persona.

Esa forma fecunda de creatividad exige, a veces, dar primacía a la unidad sobre otros valores. Para crear una vida de hogar, se debe renunciar con frecuencia a diversiones, incluso a ciertos trabajos remunerados. Renunciar a estos valores para conseguir el valor superior de la unidad implica un *sacrificio*, pero no una *represión*, contra lo que a menudo se afirma. Conceder la primacía a un valor superior sobre otro inferior se denomina *jerarquizar los valores*. Preferir un valor inferior a otro de mayor rango significa *subvertir los valores*.

La jerarquización de los valores nos exige energía interior, y ésta procede del ideal de la unidad, de la vinculación incondicional al bien, la justicia, la verdad, la belleza... Si ponemos la vida al servicio de los demás, a la realización de lo bueno, lo justo y lo bello, creamos modos altísimos de unidad, y somos así eminentemente creativos. Con ello, nuestra vida se transfigura, aumentamos nuestra autoestima y logramos superar situaciones oprimentes de *aburrimiento* y *tedio*, incluso el temido “*tedium vitae*” o cansancio vital. Como sabemos, el tedio y el aburrimiento proceden de la falta de creatividad y el sometimiento consiguiente al tiempo del reloj (*nivel 1*).

Descubrir la posibilidad de ser creativos en toda circunstancia nos llena de optimismo y entusiasmo (*nivel 2*), que es el antídoto del aburrimiento. Pensemos en las posibilidades que abre esta relación entre creatividad y entusiasmo para la organización del tiempo de ocio. Toda diversión debe tener un carácter en algún modo creativo. Entonces nos llena y satisface. Si es mera agitación y desgaste de energías, puede suscitar más vacío y aburrimiento. En algunas universidades se han creado últimamente *Institutos del Ocio*, no para exaltar la pereza sino para estudiar qué formas de descanso son realmente satisfactorias y benéficas y cuáles resultan destructivas aunque parezcan entusiasmantes. Al estudiar los procesos de vértigo y éxtasis veremos la necesidad

de distinguir *entusiasmo* y *euforia*. Toda actividad fascinante produce euforia, exalta el ánimo, pero pronto desemboca en decepción y tristeza. Las actividades verdaderamente creativas suscitan *entusiasmo*, que implica plenitud interior y, por tanto, felicidad.

Conocer con precisión nuestras posibilidades creativas es ineludible para revalorizar nuestra vida cotidiana. Millones de personas viven frustradas por estimar que su vida apenas encierra valor por carecer de creatividad. Asumen acríticamente la idea romántica de que sólo los genios son creativos. Al oír que hay géneros distintos de creatividad y es posible desarrollar en la vida cotidiana un tipo de creatividad extraordinariamente valioso, descubren unas posibilidades creativas latentes que pueden elevar su existencia a una alta cota de calidad.

Noveno descubrimiento: los horizontes que abre el pensamiento relacional

Si opto por el ideal de la unidad, tendré mucho empeño en respetar las realidades con la que deseo unirme, estimar su riqueza interior –las posibilidades que pueden ofrecerme–, colaborar con ellas a que se desarrollen plenamente. Ese respeto me lleva a verlas con todo cuanto implican. Si hallo una realidad que es un ámbito, debo advertir que no se reduce a lo que veo o toco, sino que constituye un nudo de relaciones enriquecedoras. El primer día de curso, tengo ante mí una serie de alumnos desconocidos. Con una cinta métrica puedo medir lo que abarcan de alto y de ancho, pero yo sé que como personas abarcan mucho más; tienen relaciones con sus padres, sus amigos, el pueblo, el lenguaje, el pasado cuyas posibilidades asumen, el futuro que proyectan, los valores de todo orden que acogen y realizan. Cuando veo a un alumno, veo al mismo tiempo a sus padres y allegados, sus amigos, sus proyectos de vida, toda su historia pasada y el futuro que desea labrarse... Cada alumno no es un caso del universal “niño” o “joven”. Es una realidad personal incanjeable, irreplicable, única..., que merece de mi parte un inmenso respeto y estima. He aquí un modo de *pensamiento relacional*,

que da a nuestra forma de mirar una especial hondura y alcance. Estamos ante una transfiguración de nuestro modo de ver la realidad y una liberación de ciertos modos parciales de ver y valorar a las personas.

Cada uno de nosotros podemos pensar lo siguiente: Yo soy un sujeto de acción, un *yo*. Como tal, tengo la capacidad de considerar cuanto existe como un *objeto de conocimiento*, y ponerlo frente a mí, como algo distinto, y tomar posición ante ello. He recibido el ser de mis padres. Durante meses estuve estrechamente vinculado a mi madre, pero incluso a mi madre la puedo poner en frente como un objeto de conocimiento. Ese poder lo tengo por ser un *yo*.

Todo esto es cierto, pero no debemos olvidar que esa capacidad de distanciarnos de cuanto nos rodea puede dar lugar a un alejamiento o a una vinculación, a romper la relación o a hacerla íntima. Ésta es la gran elección de mi vida. Si elijo la unidad, descubro algo maravilloso y fecundo: *Yo que tengo el poder de distanciarme de lo que me rodea sólo puedo desarrollarme debidamente si me uno de veras a todo ello, sobre todo a las personas y los valores*. A ello se alude cuando se dice que "el yo no puede vivir sin el tú", pues "la vida del hombre es encuentro" (Martín Buber).

Notemos que, en el aspecto biológico, necesitamos ineludiblemente el oxígeno que nos facilita el aire, los nutrientes que nos otorgan los alimentos... En el nivel personal, necesitamos las posibilidades que nos ofrecen los ámbitos que nos rodean, sobre todo las personas. Cuando asumimos tales posibilidades, convertimos en *íntimas* las realidades que las otorgan. Una persona que nos es íntima constituye nuestro "tú", en sentido riguroso. Una persona que se halla lejos de nosotros porque no aceptamos las posibilidades que nos ofrece, podemos tratarla de *tú*, pero no es para nosotros un *tú*, en sentido estricto. Es, más bien, un *ello*, una realidad más parecida a un objeto que a un ámbito personal.

Ello nos explica lo que cuenta Gabriel Marcel en una de sus obras dramáticas: *La mort de demain*. Una joven está hablando con su padre acerca de su madre. De repente, rompe a llorar. Al preguntarle el padre qué le pasa, responde: “*Pero ¿no ves que, sin querer, empezamos a hablar de mamá como de un ello, una tercera persona, una ausente?*”.

Advirtamos que el *nivel 1* es necesario para la vida, pero no suficiente; debe complementarse con el 2, y éste fundamentarse en el 3, que está basado en el 4, el nivel del Ser incondicionalmente justo, bueno, veraz, fundador de unidad. El gran pensador dialógico Martín Buber lo subraya certeramente: “*En fin, con toda la seriedad de la verdad, escucha esto: sin el Ello –las realidades vistas como objetos– no puede vivir el ser humano. Pero quien solamente vive con el Ello no es un ser humano*”⁶.

El pensamiento relacional juega un papel sobresaliente en nuestra vida porque tiene en cuenta lo que implica una realidad y el nivel en que se da. Pongo un grano de trigo en la palma de mi mano y pregunto a mis alumnos qué es esto. Ellos responden: un objeto, pues es delimitable, pesable, asible, manejable, canjeable... Lo es, ciertamente. Pero ahondemos más. Al grano de trigo le falta una de las condiciones de los objetos: el ser *producido*. El trigo no lo produce un agricultor, al modo como un industrial produce materiales de construcción o artefactos. El agricultor recibe de sus mayores el arte de trabajar la tierra y unas semillas. Deposita éstas en la madre tierra y espera a que el océano evapore agua, se formen nubes y las arrastre el viento, caiga la lluvia, se rieguen los campos y, al fin, el padre sol dore la mies... Esta múltiple interrelación de elementos da lugar, un día, a que florezcan las espigas en el campo. La cosecha es un *don*, no el *producto* de nuestro trabajo. Es el *fruto* de una confluencia múltiple de realidades y acontecimientos. Por eso el trigo –y, de modo semejante, el vino– presenta un alto valor *simbólico*: re-

⁶ Cf. *Yo y tú*, Caparrós, Madrid 1993, p. 37. El paréntesis es mío.

mite a esa vinculación y se presta, por ello, a expresar de forma perfecta la unión entre una persona y el amigo que le invita a compartir el pan de la amistad.

El pensamiento relacional nos lleva, asimismo, a ver una sencilla ermita como un punto de confluencia de todo cuanto existe. Podemos contemplarla en dos niveles:

En el *nivel 1*, el de la construcción, vemos la ermita como el producto de la unión de cuatro causas: la eficiente (los constructores), la material (los materiales de construcción), la formal (la forma que se le imprime), la final (el fin al que se la destina). El resultado de esa colaboración es un *edificio*. Se puede habitar en él, pero todavía no es propiamente un templo, una ermita.

Al *nivel 2* –el del templo en cuanto tal– se eleva el edificio cuando la comunidad de fieles que lo construyeron se reúne en él, aunados por su cabeza visible (primera interrelación), y entran en relación con el Dios al que adoran (segunda interrelación). Ya tenemos en relación todas las realidades existentes: tierra, espacio, creyentes y Creador. El punto de confluencia de todas ellas es la ermita en cuanto ermita. Al ver una ermita en el claro de un bosque, podemos vibrar con todo cuanto existe, porque en ella está confluendo realmente. Esta forma de contemplarla no es producto de la mera fantasía; es la realidad de la ermita *vista de modo relacional*. De esta forma contemplan el mundo los poetas, los artistas, los pensadores más intuitivos. De modo semejante debemos ver la realidad todos los seres humanos. Con ello alcanzaremos un nivel de calidad de vida insospechadamente elevado y reconfortante. Ese logro constituye una verdadera *transfiguración*⁷.

Para advertir la importancia de cuanto estamos descubriendo para nuestra vida, conviene subrayar que la literatura, el cine y el

⁷ El concepto de transfiguración lo trato muy ampliamente en la obra *La ética o es transfiguración o no es nada*, BAC, Madrid 2014.

arte cobran su valor expresivo de las realidades vistas de modo relacional. Todos ellos tienen como meta describir *ámbitos*, no objetos; *acontecimientos*, no meros hechos; el *sentido* de realidades y acontecimientos, no su mero significado; los *procesos creativos*, no los artesanales. “*El hombre* –decía Feuerbach– es *hombre con hombre*”. He aquí en juego el pensamiento relacional. Para existir de verdad, una obra musical requiere la unión de una partitura, un autor, el estilo del autor, un intérprete y el instrumento adecuado... *Ver esto implica ejercitar el pensamiento relacional.*

Este pensamiento relacional amplía inmensamente nuestra forma de mirar nuestra realidad y los seres circundantes. ¿Cuántas realidades han tenido que unirse y potenciar sus posibilidades para que yo llegara a configurar el ser que tengo? Desde la unión de mis padres que hicieron un proyecto de vida en común y me llamaron a la existencia, hasta quienes han hecho posible que esté escribiendo ahora este trabajo, ¿a cuántas personas e instituciones debo lo que soy? *Preguntar esto es pensar de modo relacional.* Si lo hago, es por el deseo de incrementar día a día mi unidad con cuanto me rodea, pues mi vida está puesta a la sola carta del ideal de la unidad.

Si pensamos de forma relacional, podremos plantear correctamente los problemas relativos a nuestra vida, pues lograremos integrar diversas energías: las instintivas y las espirituales. El instinto es una fuente valiosa de energía, ciertamente. Pero también lo es, y no inferior, el ideal. Hay que ver conjuntamente, relacionadamente, los distintos tipos de energías. Amar no es sólo apetecer. Es realizar proyectos de vida conjuntamente, colaborar a enriquecer al ser amado, comprometer el propio destino con el suyo, crear con él una forma muy alta de unidad. Aquí se conjugan dos niveles distintos y complementarios. *Para ello hay que pensar relacionadamente.*

El pensamiento relacional nos permite dar razón de cómo surge el mundo de la cultura; por ejemplo, de qué modo nacen los es-

tilos artísticos. Se necesita la confluencia de varios elementos de diverso orden: económico, político, estético..., y la existencia de personas geniales que expresen esa nueva situación y ese nuevo clima espiritual en sus creaciones artísticas. Recordemos, por ejemplo, que el canto gregoriano, origen y fuente de la música occidental, fue creado por monjes que aunaban en su espíritu la mejor herencia cultural y religiosa de la sinagoga hebrea, la técnica musical griega de los ocho modos y la espiritualidad del monacato cristiano.

Friedrich Nietzsche escribe: "Si tengo un *por qué* en la vida, puedo soportar cualquier *cómo*". Tras un grave incidente marítimo sucedido en una costa de España, multitud de jóvenes consideraron el ayudar como una meta, e hicieron ingentes sacrificios para aportar su grano de arena. Tenían un por qué, un ideal de unidad; no les importaba cómo lo iban a realizar, ni a costa de qué esfuerzos. En realidad, los seres humanos no tememos tanto el sacrificio cuando el sinsentido del sacrificio. Si sabemos que el sacrificio implica renunciar a un valor inferior para conseguir un valor superior, lo hacemos con decisión y entusiasmo.

Viktor Frankl cuenta que, en Auschwitz, lo decisivo para los prisioneros era tener una razón para vivir, un sentido. "*Desgraciado –escribe– el que no viera en su vida ningún sentido, ninguna meta, ninguna finalidad y, por tanto, ninguna razón para proseguirla. Ese estaba pronto perdido*". Por eso aconsejaba a sus compañeros que no le preguntaran a la vida "*qué tienes todavía que darme*", sino "*¿a quién puedo servir*". El que pregunta esto indica que su ideal en la vida es crear unidad, unirse en la prueba para ayudarse. En la sugestiva obra *EL hombre en busca de sentido* indica que quienes optaban por la unidad y el servicio sacaron fuerzas de flaqueza y lograron sobrevivir al horror. Los que sólo procuraban obtener del entorno algo para sí mismos pronto sucumbían al ver que la vida no les ofrecía sino una extrema desolación. "*Lo que realmente necesitábamos era un cambio radical en nuestra actitud ante la vida. Teníamos que aprender nosotros y luego enseñar a las gentes desesperadas que lo im-*

*portante no era realmente lo que nosotros esperáramos de la vida sino lo que la vida esperara de nosotros*⁸.

Poner la vida al servicio de los demás tiene un sentido eminente porque tal actitud favorece un tipo de encuentro entrañable; responde a la exigencia de apertura generosa que late en todo ámbito personal. No olvidemos que los seres humanos estamos de verdad *centrados* cuando no tomamos nuestro yo como el único centro de nuestra vida, sino que nos *abrimos* al otro centro que es el tú. Nuestra vida personal se parece más a una elipse, con sus dos centros, que a una circunferencia, cerrada en torno a un solo centro.

Para comprender esto plenamente, debemos poner en juego un pensamiento *relacional*, no *relativista*. El pensamiento relativista es unilateral, parcial, pues sólo da importancia al sujeto que piensa y valora. El pensamiento objetivista prescinde de la importancia del sujeto que conoce para centrarse exclusivamente en el objeto a conocer. El pensamiento relacional concede la misma importancia a los distintos aspectos de cada realidad o acontecimiento, aspectos que se esfuerza por contemplar sinópticamente, en bloque, o “en suspensión”, como solía decir Karl Jaspers. Esta forma relacional de pensar es decisiva para descubrir el sentido de una realidad o acontecimiento, que se alumbra siempre en un *contexto*, como sucede con todo lo que se da en el *nivel 2*.

Realmente, como escribe Albert Camus, “la cuestión más apremiante de nuestra existencia es la pregunta por el sentido de la vida”. “*Sorprende ver* –anota Henri J. M. Nouwen– *que gran parte de nuestra vida la pasamos sin reflexionar sobre su sentido. No es de extrañar que haya mucha gente tan ocupada y al mismo tiempo tan hastiada*”⁹.

⁸ Cf. o. c., Herder, Barcelona 171995, p. 78.

⁹ Cf. *Aquí y ahora*, San Pablo, Madrid 1995, p. 70.

Décimo descubrimiento: la función primaria del lenguaje y el silencio

Hemos realizado ya nueve descubrimientos, y hemos advertido que cada descubrimiento implica una transformación: algunos objetos se transforman en ámbitos; el dilema “dentro-fuera” se transforma en contraste; el encuentro supone una transformación de la mera vecindad física en intercambio de posibilidades y creación de un campo de enriquecimiento mutuo; al orientarnos hacia la realización del ideal de la unidad, nuestra vida gana libertad, poder creativo, sentido..., y nuestra forma de pensar se vuelve relacional, y, por tanto, flexible y enriquecedora. Nos restan por considerar otros tres descubrimientos, que, dentro del *nivel 2* en el que estamos instalados por el encuentro –realizado en la fase tercera–, van a suponer otras tantas transfiguraciones del mayor interés.

El lenguaje y el silencio pueden ser entendidos en el *nivel 1*, en una fase anterior al descubrimiento del auténtico amor y del encuentro. Ahí el lenguaje es visto como un simple medio para comunicar algo a los demás o expresar una idea o un sentimiento interiores. Esta comunicación puede hacerse con amor, con odio o con indiferencia, y esta circunstancia no parece afectar a la función que desempeña dicho lenguaje, que es transmitir algo.

En el *nivel 2*, el lenguaje y el silencio aparecen a una mirada relacional como realidades de largo alcance, eminentemente creativas, colmadas de sentido. Es toda una transfiguración la que se ha operado en ellos. La función primaria del lenguaje ya no se reduce a ser un medio de comunicación; consiste en crear vínculos de amor entre las personas. ¿Hemos pensado alguna vez en serio qué significa “ser locuente”? (No digo “tener el don del lenguaje”, porque es una expresión propia más bien del *nivel 1*, el de la posesión, el dominio y el manejo). Dicho en primera persona, ser locuente significa que mis padres configuraron en su día, con una palabra amorosa, un proyecto de vida en común, y, dentro del mismo, me “llamaron” a la existencia por mi nombre. Toda mi vida, consiguientemente, consiste en ser una “respues-

ta" agradecida a dicha llamada. Agradecer un acto benevolente significa estar a la recíproca en cuanto a generosidad. Yo soy un ser locuente para que pueda ser llamado y responder. Hablar no es, por tanto, en principio comunicar algo, sino dar y darse, crear vínculos de auténtica amistad, formas de comunidad capaces de acoger la vida humana y desarrollarla. De ahí que la única forma de lenguaje auténtico sea el que es dicho con amor, con voluntad creadora de vínculos. Lo vio con perspicacia Ferdinand Ebner, el genial precursor de la Antropología Filosófica actual:

"La palabra y el amor se implican. Todas las desgracias que ocurren entre los hombres proceden de que éstos rara vez pronuncian la palabra recta. La palabra recta es siempre aquella que pronuncia el amor". "Hay dos hechos, no más, en la vida espiritual del hombre: la 'palabra' y el amor. En ellos radica la salvación del hombre, la liberación de su yo de su autoreclusión. La palabra sin amor: ¡Qué abuso del lenguaje es esto! Aquí la palabra lucha contra su propio sentido, se anula espiritualmente a sí misma y pone fin a su propia existencia"¹⁰.

Para realizar esa función primaria, el lenguaje necesita estar dotado de un singular poder: el de expresar de forma rápida y nítida la diversidad de elementos que integran cada realidad, vista de modo relacional. Digo "pan", y hago vibrar en esa leve palabra los seres y acontecimientos del universo que deben confluir para que un día asistamos a la sorpresa de ver granar sobre el campo una espiga de trigo.

Dos jóvenes se tratan y, al cabo de cierto tiempo, no saben bien si lo que sienten es mera simpatía de compañeros de clase o de trabajo, o ha pasado a ser amistad personal, o ha adquirido ya la condición de amor de novios. Un buen día, uno de ellos dice la vieja expresión "¡te quiero!", y en ella se condensa y clarifica todo el ámbito difuso de afecto que ha ido fraguándose entre los dos.

¹⁰ Cf. *Das Wort ist der Weg* (La palabra es el camino), Herder, Viene 1949, pp. 112, 142.

Por eso el lenguaje causa tanto gozo cuando da cuerpo expresivo a ámbitos positivos, y produce tanto dolor cuando expresa la ruptura de ámbitos. Eso explica que a veces se diga: "Es mejor que no hablemos de esto, porque lo que hace daño es hablar".

Teresa, la protagonista de *La salvaje*, de Jean Anouilh, está a punto de abandonar a su novio. Ante la resistencia de éste a dejarla marchar, ella le dice: "*Sí, Florent, no habrá más remedio... Deberías dejarme subir a mi cuarto sin decirme nada. Irás a trabajar como de costumbre, y esta noche te darás cuenta de que ya no estoy, sin saber en qué momento me fui para que no podamos hablarnos todavía otra vez. Esto es lo que hace más daño: hablar*"¹¹.

Para captar las tramas de relaciones que suele condensar el lenguaje necesitamos *recogernos*, no dispersar la atención en multitud de aspectos de la vida superficiales. Ese recogimiento se da cuando guardamos silencio, en el doble sentido de no emitir sonidos (*nivel 1*) y mantener el ánimo a la escucha (*nivel 2*). Sólo en ese silencio activo soy capaz de atender simultáneamente a todos los aspectos que presente una realidad o un acontecimiento y sentirme *sobrecogido* por su alto valor.

Para contemplar el trigo o la ermita como hicimos anteriormente, hace falta ver en bloque, simultáneamente, diversas realidades y acontecimientos. Esa visión simultánea implica una actitud de *recogimiento*. Guardar silencio indica aquí hacer justicia a las realidades que no están cerradas en sí, sino que se abren fecundamente a otras. Antes de un concierto, un intérprete suele estar recogido en su camerino, para ver las obras en conjunto y advertir cómo cada pormenor de las mismas gana su pleno sentido al entrar en relación con los demás.

¹¹ Cf. o. c., en *Teatro. Piezas negras*, Losada, Buenos Aires, 1968, pp. 123-124. Versión original: *La sauvage*, La Table Ronde, París 1958, p. 111.

Cuando me recojo, pienso todo lo que implica, por ejemplo, una espiga de trigo. Si a continuación pronuncio la palabra *pan*, ésta es una palabra *silenciosa*. Lleva dentro de sí toda mi atención a la realidad expresada, mi admiración por su poder expresivo y simbólico. Por eso el silencio enriquece las palabras. Debemos hablar desde el silencio, que es el lugar propio de la contemplación espiritual intensa. Sin silencio, las palabras se desvinculan unas de otras y carecen de profundidad. Para captar la hondura de las palabras que oímos o leemos, debemos acogerlas en silencio, en el campo acogedor de la atención respetuosa. El silencio, así entendido, es el *campo de resonancia* de la palabra, potencia la palabra, la complementa. Es tan creador de vínculos como la palabra dicha con amor.

Lo contrario de este silencio constructivo es el *silencio de mudez*, la decisión de no hablar para no crear relaciones. Ello obedece a la voluntad de moverse exclusivamente en el *nivel 1*, el del manejo de objetos y el disfrute de sensaciones. Este silencio es gravemente negativo en el aspecto ético si, al adoptar esa actitud, impedimos a los demás abrirse a nosotros, crear vínculos, encontrarse. Por eso constituye un antivalor ético negar el saludo a alguien.

Estas breves consideraciones sobre el silencio y el lenguaje nos permiten adivinar el abismo al que se están asomando los protagonistas de las películas *El silencio*, de I. Bergman, y *El último tango en París*, de B. Bertolucci. En la primera, una joven se manifiesta eufórica porque está sosteniendo relaciones íntimas con un extranjero y, al no conocer ambos una lengua común, no pueden hablarse. En la segunda, un hombre de mediana edad y una jovencita comparten la vida en un piso y, en un cierto momento, sostienen el diálogo siguiente:

—**M.** No sé cómo te llamas.

—**H.** ¡No tengo nombre!

—**M.** ¿Quieres saber el mío?

—**H.** ¡No, no! ¡No me lo digas! No quiero saber tu nombre. Tú no tienes nombre y yo tampoco. No hay nombres. Aquí no tenemos nombre.

—**M.** ¡Estás loco!

—**H.** Es posible que lo esté, pero no quiero saber nada de ti. No quiero saber dónde vives ni de dónde eres. No quiero saber absolutamente nada de nada. ¿Has comprendido?

—**M.** ¡Me asustas!

—**H.** ¡Nada! Tú y yo nos encontraremos aquí, sin saber nada de lo que nos ocurra fuera. ¿De acuerdo?

—**M.** Pero ¿por qué?

—**H.** Pues porque aquí no hace falta saber nombres. No es necesario. ¿No lo comprendes? Venimos a olvidar. A olvidar todas las cosas, absolutamente todas. Olvidaremos a las personas, lo que sabemos, todo lo que hemos hecho. Vamos a olvidar donde vivimos, a olvidarlo todo.

—**M.** Yo no podré. ¿Tú sí?

—**H.** No lo sé. ¿Tienes miedo?

—**M.** No.

Si tenemos una idea clara de lo que implica el lenguaje, sabremos precisar por qué la joven acaba sintiendo miedo ante la actitud de su compañero, al que considera como trastornado. Su trastorno no es psicológico, sino espiritual: ha subvertido en su vida los valores por haberse entregado a un proceso de vértigo.

Undécimo descubrimiento: los procesos de vértigo o fascinación y de éxtasis o creatividad.

Proceso de éxtasis. Si opto por el ideal de la unidad, cuando me vea ante una realidad que me atrae porque me ofrece posibilidades fecundas no intentaré dominarla para poseerla y reducirla a medio para acumular sensaciones placenteras. Eso sería rebajarla al *nivel 1*. Seré generoso —primera condición del encuentro— y tomaré dicho atractivo como una invitación a colaborar con ella, intercambiando posibilidades de todo orden. Ese intercambio da lugar a una relación personal de *encuentro (nivel 2)*.

Al encontrarme, siento *exultación, alegría, gozo* por partida doble, pues con ello perfecciono mi persona y colaboro a enriquecer a quien se encuentra conmigo. Si me encuentro con una realidad muy valiosa, porque me facilita grandes posibilidades de desarrollo y me eleva a un nivel de excelencia personal, siento *entusiasmo, un gozo desbordante* que supone la medida colmada de la alegría, es decir, de la conciencia feliz de estar desarrollando plenamente mi personalidad.

Al adentrarme en un estado de plenitud personal, siento *felicidad*, veo que he llegado a una cumbre. Al contemplar por primera vez *El Moisés* de Miguel Ángel u oír *La Pasión según San Mateo* de Bach, pensamos que ha valido la pena vivir hasta ese momento para poder realizar esa experiencia. Ciertamente, la felicidad se da en lo alto, en el *nivel 2*, no en el *nivel 1*. Ese ascenso hacia lo elevado, lo "per-fecto", lo bien logrado, fue denominado por los griegos "éxtasis". Lo bien logrado en cuanto al desarrollo personal viene dado por la vida auténtica de comunidad, que se configura mediante una trama de relaciones de encuentro.

Al vivir en estado de encuentro, sentimos que hemos realizado plenamente nuestra *vocación* y nuestra *misión* como personas, y ello nos procura *paz interior, amparo, gozo festivo*, es decir *júbilo*. La fiesta es la corona luminosa y jubilosa del encuentro. Por eso rebosa simbolismo y marca el momento culminante de la vida de todos los pueblos.

En síntesis, el éxtasis es un proceso de auténtico y verdadero desarrollo personal. Por ser creativo, es exigente: pide generosidad, apertura veraz, fidelidad, cordialidad, participación en tareas relevantes... Si cumplimos estas exigencias, nos lo da todo porque nos facilita el encuentro, que es *un espacio de realización personal festiva*, en el cual recibimos luz para ahondar en los valores, energía para incrementar nuestra capacidad creativa, poder de discernimiento para elegir en cada instante lo que da sentido a nuestra existencia.

Proceso de vértigo. El proceso de desarrollo personal realizado a través de los diez descubrimientos anteriores hubiera sido imposible si, al descubrir al principio la existencia de los ámbitos y la necesidad de tratarlos de modo respetuoso y colaborador (*nivel 2*), hubiéramos adoptado frente a ellos, por egoísmo, una actitud dominadora, posesiva, manipuladora (*nivel 1*).

Supongamos que me hallo ante una persona que me resulta atractiva debido a las dotes que ostenta. Si soy egoísta y me muevo sólo en el *nivel 1*, tiendo a tomarla como un *medio para mis fines*; no la considero como un ser dotado de personalidad propia, deseosa de realizar sus proyectos de vida, crecer en madurez, establecer relaciones enriquecedoras para todos en condiciones de igualdad. La rebajo a condición de mera *f fuente de sensaciones placenteras* y procuro dominarla para ponerla a mi servicio.

Cuando logro ese dominio, siento *euforia*, exaltación interior. Notémoslo bien: no digo *exultación*, *gozo*, sino *exaltación*, *euforia*. Es decisivo matizar bien el lenguaje si queremos evitar la corrupción de la mente y, con ella, la de la vida personal y comunitaria. Esa forma de exaltación es tan llamativa como efímera, porque se trueca rápidamente en *decepción* al advertir que no puedo encontrarme con la realidad apetecida por haberla reducido a mero *objeto de complacencia*. Recordemos que con los objetos no podemos encontrarnos. Al no encontrarme con ella, no desarrollo mi personalidad, pues soy un "ser de encuentro". Ese bloqueo de mi crecimiento se traduce en *tristeza*, que es un *sentimiento de vacío*, de alejamiento de la plenitud personal a la que tiendo por naturaleza.

Si no cambio mi actitud básica de egoísmo, ese vacío crece de día en día hasta hacerse abismal. Al asomarme a él, siento esa forma de *vértigo espiritual* que llamamos *angustia*. Me parece que no hago pie, me falla el fundamento de mi vida –que es el encuentro– y estoy a punto de destruirme como persona, pero no puedo volver atrás. Es el sentimiento de *desesperación*, la conciencia amarga de haber cerrado todas las puertas hacia mi

realización personal. El presentimiento angustioso de estar bordeando el abismo se cumple al verme al fin cercado por una *soledad asfixiante*, frontalmente opuesta a la vida de comunidad que me veía llamado a fundar por mi condición de persona.

El proceso de vértigo es falaz y traidor: nos promete al principio una vida intensa y cumplida y nos lanza súbitamente por una pendiente de excitaciones crecientes, que no hacen sino apegarnos al mundo fascinante de las sensaciones (*nivel 1*) y alejarnos irremediabilmente de la vida creativa (*nivel 2*). Al hacernos cargo de esta condición siniestra del vértigo, que nos priva de la capacidad de crear relaciones de encuentro y nos enceguece para los grandes valores, comprendemos por dentro el desvalimiento que sentía el joven ludópata de la entrevista televisiva.

Vértigo y éxtasis son procesos opuestos por su origen, su desarrollo y sus consecuencias. Pero, hoy día, se tiende a confundirlos para rodear el vértigo del aura de prestigio que orla de antiguo al éxtasis. Esta confusión nos impide discernir qué conductas edifican nuestra personalidad y qué otras la disuelven. Al entregarnos a la fascinación del vértigo, podemos pensar ilusamente que nos elevamos a lo mejor de nosotros mismos. Al vivir la *exaltación eufórica* del vértigo, la confundimos fácilmente con la *exultación jubilosa* del éxtasis. Sentimos en nuestro interior una *fuerza de gravitación* que nos arrastra con la energía de lo instintivo, y creemos estar logrando una *personalidad desbordante de energía creadora*. Cuando nos demos cuenta de que somos unos *ilusos*, tal vez sea demasiado tarde porque habremos caído por el tobogán del vértigo y apenas podremos, de hecho, cambiar la experiencia básica del egoísmo por una de generosidad y renunciar al uso indiscriminado de la *libertad de maniobra* para adquirir esforzadamente una verdadera *libertad creativa*.

Inspirado en una penosa experiencia personal, el gran escritor Fedor Dostoyevski dejó al descubierto el temible poder de arrastre que poseen todas las formas de vértigo. Indica que una anciana rusa perdió a la ruleta todos sus ahorros y comenta:

“No podía ser de otro modo. Cuando una persona así se aventura una vez por ese camino, es igual que si se deslizara en trineo desde lo alto de una montaña cubierta de nieve: va cada vez más de prisa”¹².

El término “éxtasis” significaba para los antiguos griegos “salida de sí”. A lo largo de una noble tradición (Platón, Plotino, San Agustín, la Escuela de Chartres...), adquirió el sentido de “salida de sí hacia lo más alto”, ascenso a lo mejor de sí mismo. Lo que entiendo por “vértigo” implica también una “salida de sí”, pero es para perderse en lo menos elevado. Por eso no procede actualmente aplicarle el nombre de *éxtasis*, sino el de *vértigo*, que alude a una caída hacia abajo provocada por el mareo que produce el vacío.

Se trata del vacío abierto por la imposibilidad de crear auténticas formas de encuentro. Ya sabemos que el vértigo al principio no te exige nada; te halaga prometiéndote una conmovedora plenitud y al final te deja vacío. El éxtasis es al comienzo muy exigente; te pide generosidad incondicional, te promete el pleno logro de tu personalidad y al final te lo concede, elevándote a una vida de encuentro interpersonal, es decir, de comunidad.

Si queremos conservar la libertad interior o libertad creativa y evitar el riesgo de caer por el siniestro tobogán del vértigo, debemos descubrir una forma eficaz de superar la confusión de estos dos procesos opuestos: vértigo y éxtasis. A mi entender, la única vía posible es descubrir la grandeza que podemos adquirir al seguir el proceso de éxtasis y el abismo de empobrecimiento al que caemos si nos dejamos seducir por los cantos de sirena del vértigo.

¹² *El jugador*, Alianza Editorial, Madrid 1980, pp. 126-127.

Duodécimo descubrimiento: la función de la afectividad en el desarrollo de la persona

Amor conyugal. Una vez realizados los once descubrimientos anteriores, estamos bien dispuestos para plantear con la debida hondura el tema de la función que ejerce la afectividad –el amor en todas sus formas– en nuestro desarrollo como personas. Para entender lo que es el amor conyugal y en qué consiste la verdadera amistad debemos saber por experiencia propia lo que significa el encuentro, el ideal de la unidad, la libertad interior, la creatividad, el sentido de la vida, el lenguaje, el pensamiento relacional, los procesos de vértigo y de éxtasis...

Estas vertientes de nuestra realidad personal juegan un papel decisivo en el amor. El amor verdadero implica una relación de encuentro, en sentido riguroso; no se reduce a mera efusividad sentimental, carente de creatividad. Nos exige, para darse, que asumamos los valores y realicemos las virtudes que constituyen las condiciones del encuentro.

El que haya vivido las transfiguraciones y los ascensos de nivel que implican los descubrimientos realizados no confundirá jamás el amor conyugal verdadero (niveles 2 y 3) con la mera pasión erótica (*nivel 1*), que sólo atiende al primero de los cuatro elementos integrantes de la vida matrimonial –la sexualidad, *nivel 1*– y descuida los otros tres: la amistad, la proyección comunitaria del amor, la fecundidad del amor, en su doble vertiente: incrementar la unidad de los esposos y dar vida a nuevos seres (niveles 2 y 3) .

Tengamos en cuenta que el amor verdadero presenta exigencias y exige esfuerzo; puede parecer, por tanto, que dificulta en ciertos aspectos la vida, pero la carga de sentido.

Amor de amistad. La palabra *amistad* procede de la voz latina *amicitias*, que se deriva a su vez de *amicus* y *amare*. La relación de amistad está inspirada por un sentimiento de afecto, de inclinación benevolente. Implica una voluntad constante de enriquecimiento mutuo, de oferta de posibilidades, de comprensión y

ayuda. Es una forma de *encuentro*, entendido como el *campo de interrelación* que se funda entre dos personas cuando adoptan una actitud de generosidad, veracidad, fidelidad, colaboración, cordialidad, participación en actividades valiosas...

La amistad auténtica no surge cuando uno se mueve por interés y trata afablemente a las demás personas sólo cuando sirven a sus fines egoístas. Esta actitud es adecuada a la relación con meros objetos, realidades propias del *nivel 1*. La amistad es una relación entre personas, que se ayudan a crecer como tales, y ello sólo puede darse mediante una colaboración desinteresada, una oferta mutua de posibilidades de actuar con sentido (*nivel 2*). Por eso, la relación de amistad exige *sencillez* por ambas partes, aceptación humilde de que somos menesterosos en diversos aspectos y los demás pueden disponer de algo valioso que ofrecernos. La amistad requiere una posición de igualdad, al menos en cuanto al trato cotidiano. La excesiva superioridad por una de las partes puede suscitar admiración en la otra, pero apenas florecerá en verdadera amistad.

De aquí se desprende que el afán de dominar a los otros agosta en agraz la relación de amistad, pues los rebaja al *nivel 1*, los convierte en *medios para los propios fines*. Al no verlos como fuente de posibilidades y centros de iniciativa, no es posible unirse con ellos de forma entrañable, como sucede en el encuentro.

Por eso, la primera condición para crear una relación de amistad es adoptar una actitud generosa. Si soy generoso con alguien, suscito en él *confianza*, le muevo a pensar que soy *fiable*, que le seré *fiel* y puede hacerme *confidencias*. Los términos subrayados están internamente vinculados por la común raíz latina *fid*. Esta actitud de apertura mutua permite una relación fluida, sincera, serena, franca, constructiva, porque los que se tratan no necesitan establecer barreras de precaución y han convertido los límites propios de su personalidad en lugares vivientes de interrelación. En ese campo de comunicación se despierta un sentimiento profundo de simpatía. Etimológicamente, *simpatía*

significa “padecer con”, vibrar con el otro en sus gozos y en sus penas. Esa común vibración espiritual permite ver al otro desde dentro, ponerse en su lugar, mirar la vida con sus ojos, *integrarse*. Es la función de la “empatía”.

Esta comprensión empática y confiada del amigo nos da seguridad de que vendrá en nuestra ayuda cuando nos vea necesitados. Se cuenta que un soldado pidió permiso para buscar a un compañero que quedó tendido en el campo de batalla. El oficial se lo denegó, por estar seguro de que había muerto. El soldado se fue, no obstante, y volvió al cabo de un rato gravemente herido, con el cadáver de su amigo a cuestas. El oficial, enojado, le pregunta qué sentido tuvo exponer la vida de esa forma. El soldado responde, tranquilo: “Tuvo mucho sentido, capitán, porque, cuando encontré a mi amigo, estaba todavía vivo, y me dijo: ‘Jack, ¡estaba seguro de que vendrías!’ “. Bien dice el Eclesiástico (6, 14) que “un amigo fiel es una fuerte protección; quien lo encuentra encuentra un tesoro”.

La confianza genera fidelidad, y ésta va unida con la *lealtad*, el cumplimiento de lo prometido. Nos dice la Historia que Dionisio, el tirano de Siracusa que tiene un nombre en la Historia por haber tratado a Platón, condenó a muerte al filósofo Fincias. Éste le pidió uno día de permiso para arreglar unos asuntos. Dionisio se lo concedió, a condición de que dejara como rehén a su gran amigo Damón. Éste aceptó, y Fincias regresó al día siguiente y se puso en manos del tirano. Impresionado éste al ver su lealtad con el amigo, le perdonó la vida y solicitó de ambos que le admitieran en su círculo de amistades.

En verdad, atinado estuvo Cicerón al escribir: “*Si la amistad desapareciera de la vida, sería lo mismo que si se apagara el sol, porque nada mejor ni más deleitoso hemos recibido de los dioses inmortales*”. En su raíz última, la amistad es un don que nos hace la naturaleza al constituirnos como “seres de encuentro”. Pero este alto don debemos cultivarlo, porque no responde a un impulso instintivo. Es fruto del esfuerzo creativo.

El que se encuentra de veras con otra persona y se hace amigo suyo crea con ella una forma de unión muy estrecha, en la cual se supera la escisión entre el interior y el exterior, el dentro y el fuera, lo mío y lo tuyo. Si soy amigo tuyo, tú no estás fuera de mí ni yo de ti; yo no estoy en mi intimidad y tú te hallas en el exterior. Nos encontramos los dos en un *campo de intimidad* en el cual compartimos las penas y los gozos. Se comprende que Horacio haya escrito: *"Mientras esté en mi sano juicio, nada será para mí comparable a un dulce amigo"*.

Nada hay más deleitable que compartir, dar y recibir, acoger y ser acogido. Es conmovedora, por su sincera ingenuidad, la anécdota que se cuenta del gran fabulista francés Jean de La Fontaine. Debido a su desvalimiento, vivió 20 años hospedado en casa de su protectora Madame de la Sablière. Al fallecer ésta, se sintió desolado y se echó a la calle. Su amigo, el consejero D'Hervat, decidió recibirlo en su casa. Salió para decírselo y lo encontró a medio camino. *"Querido amigo –le dijo–. Mi mujer y yo nos imaginamos vuestra inmensa pena y soledad. Os rogamos que vengáis a vivir en nuestra casa"*. La Fontaine abrió los brazos y le dijo, emocionado: *"¡A ella iba!"*.

En verdad, como dijo Séneca, *"la posesión de un bien no es grata si no se comparte"*.

La experiencia del trato afable, colaborador, leal, generoso... convierte al amigo en algo *único en el mundo*. Fue la gran lección del zorro al Principito, cuando le hizo ver que la flor de su asteroide no perdía valor por el hecho de que hubiera en el mundo miles de flores semejantes a ella. El tiempo y el empeño que puso en cuidarla con esmero la convirtió para él en un ser único en el mundo.

*"Vuelve a ver de nuevo las rosas –indicó el zorro al principito–. Comprenderás que la tuya es única en el mundo". "El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante". "No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos"*¹³.

¹³ Cf. *El principito*, Alianza Editorial, Madrid ²1972, pp. 86-88.

III. EL IDEAL DE LA UNIDAD ES EL ALMA DE LA PRUDENCIA

La inteligencia que capta el verdadero ideal de la vida y nos lleva a optar incondicionalmente por él, debido al asombro que nos produce su fecundidad, es una inteligencia inspirada por una actitud amorosa, abierta, creadora de vínculos. Se trata de esa forma peculiar de inteligencia que de antiguo mereció el nombre de *sabiduría*. Es un saber que discierne lo que construye y lo que destruye, lo que nos desarrolla y lo que nos bloquea. No es una inteligencia astuta, cerrada en los propios intereses, sino abierta al bien de los demás. Optar por los grandes valores de la unidad, el bien, la justicia, la belleza supone elevarse al *nivel 3* y es la mayor garantía de que vamos a cumplir fielmente las condiciones del encuentro, base de la vida en el *nivel 2*, el nivel de la creatividad y la solidaridad.

Instalarse lúcida y voluntariamente en estos dos niveles –el 2 y el 3–, significa sumergirse en el *ordo amoris*, el gran campo de la interrelación, la unidad, el amor, vínculo enigmático que –como decía el Dante– mueve el sol y las estrellas, es decir, sostiene el universo entero. Hoy sabemos que los elementos nucleares de la materia no son trozos infinitamente pequeños de materia, sino “energías estructuradas”, es decir, relacionadas. La relación sostiene el cosmos en todos sus estratos. “*La materia no es más que energía ‘dotada de forma’, informada* –escribe el físico atómico canadiense Henri Prat–; *es energía que ha adquirido una estructura*”¹⁴.

Ser prudente significa ser capaz de orientar nuestra vida hacia el ideal de la unidad o del encuentro. La prudencia dinamiza nuestra actividad al orientarla debidamente y la dota de sentido. Por esa profunda razón se constituye en la madre y la guía de los valores y las virtudes, como bien indicó San Bernardo al denominarlas “*genitrix virtutum*”, “*auriga virtutum*”. Si no actuamos con

¹⁴ Cf. *L'espace multidimensionnel*, Les Presses de l'Université de Montréal, Montréal 1971, p. 15.

el propósito expreso de crear unidad, nuestros actos y nuestros hábitos no pueden ser considerados como valores y como virtudes. *Una actitud es virtuosa y valiosa si nos determina a realizar el verdadero ideal y a integrar las diversas energías de nuestro ser orientándolas hacia ese fin común.*

Se dice, a menudo, que la prudencia es la aplicación de las verdades generales a las acciones concretas. No debe entenderse esta frase sencillamente como el paso de lo universal a lo particular, sino como la decisión de inspirar cuanto se piensa, quiere y hace en el ideal de la unidad. Por eso el hombre prudente pone empeño en pensar bien, en descubrir la articulación interna de nuestra realidad personal a fin de vivir conforme a sus leyes y exigencias. Al hacerlo, desarrollamos nuestra personalidad, y este desarrollo nos permite conocer mejor las condiciones de una vida plena. A su vez, este mayor conocimiento promueve con más energía nuestro logro personal... La realidad conocida cada vez mejor es la que nos guía eficazmente hacia la plenitud personal.

De aquí se deduce que, para ser prudente, la primera condición es amar la *verdad*, es decir, del "estado de pleno logro que alcanza una persona cuando considera los cuatro grandes valores como los *ideales de su vida*, el principio y la meta de su obrar.

La segunda condición es *ajustar nuestra acción a la verdad*, bien sabido que este ajuste es indispensable para la armonía de nuestro ser personal, que es un "ser en el mundo", ser inserto en tramas de ámbitos. Con razón escribió Goethe que *"todas las leyes morales y reglas de conducta pueden reducirse a una sola: la verdad"*. En la misma línea, afirma Xavier Zubiri que *"en el fondo de toda moral lo importante no es el sistema de deberes que la sociedad determina; lo que importa es la idea que se tenga del hombre"*¹⁵.

¹⁵ Cf. *Sobre el hombre*, Alianza Editorial, Madrid 1986, p. 425.

La realidad es el referente primario, el guía ineludible de la conducta prudente. Para obrar bien no basta la buena voluntad y la buena intención. Hay que ajustarse a la realidad del *ordo rerum* y del *ordo amoris*, es decir, al campo de interrelación fecunda que articula las realidades entre sí¹⁶. Tal ajuste viene determinado por la opción básica a favor de los grandes valores: unidad-amor, bien-bondad, justicia, belleza-concordia-orden.

Cuando estoy profundamente convencido –con un convencimiento que es, a la vez, una decisión– de que “el bien y la justicia deben ser realizados siempre, y el mal y la injusticia han de ser evitados”, tengo una *conciencia recta*. Oír la voz de esta conciencia –en la que se refleja vivamente el ser de la realidad– y seguirla es la gran tarea de la prudencia. No se reduce ésta a un conocimiento práctico de fines y medios, como suele decirse; implica conocer la energía inmensa del ideal verdadero y hacer que impulse e inspire todos los aspectos de nuestra vida –pensamiento, imaginación, voluntad, capacidad creativa...–.

Mi realidad personal es dinámica, y el dinamismo que la lleva a su meta o pleno logro radica en el ideal de la unidad. Este ideal –unido, por una poderosa sinergia interior a los otros tres grandes valores– revela la quintaesencia de nuestra personalidad. Tal revelación es la “verdad” de nuestro ser. A esa verdad debe ajustarse cada una de nuestras acciones. *Ver la profunda articulación entre realidad, verdad y acción justa es la tarea básica de la prudencia.*

El ajuste de nuestra conducta a lo real no es signo de debilidad sino de fuerza, porque somos seres abiertos, relacionales, dialógicos. Si una persona se halla, por ejemplo, comprometida en matrimonio, debe orientar su vida en torno al núcleo familiar.

¹⁶ Sobre el genial concepto agustiniano del *ordo amoris* pueden verse algunas precisiones en mi obra *Liderazgo creativo. Hacia el logro de la excelencia personal*, Amazon, 2023, pp. 69ss.

Esta orientación restringe en algunos aspectos su *libertad de maniobra*, pero posibilita su *libertad creativa* y su desarrollo personal, pues la sitúa en su verdadero contexto, la pone en verdad, le otorga la inagotable energía que irradia el ideal de la unidad o del encuentro. Esta es una forma de pensar prudente, porque garantiza la fecundidad y la felicidad de la vida matrimonial.

Una persona imprudente es, básicamente, un ser desorientado, que marcha desalado en pos de ilusiones falsas. Ya lo dijo con su peculiar concisión y hondura San Agustín: "*Un corazón desorientado es una fábrica de fantasmas*". Por eso, actuar en virtud de consignas meramente "ideológicas" es un procedimiento harto imprudente, ya que las ideologías –en sentido estricto– son formas de pensar que han perdido la adecuación a la realidad y no pueden hacerse valer por su valía interna.

Diversas formas de prudencia

El que se esfuerza en prever y prevenir para satisfacer sus apetencias y pone su inteligencia al servicio del arte de engañar, seducir y dominar a los demás astutamente se mueve exclusivamente en el *nivel 1* y achica su personalidad, no la despliega. Su manera de actuar es imprudente en su misma raíz.

El que tiene amor a la verdad de los seres y los respeta, estima y ayuda a desarrollarse pone su inteligencia al servicio del arte de vivir conforme al ideal de la unidad y crear vida comunitaria. Se mueve en los niveles 2 y 3, y toma la unidad como una meta, no como un medio para un fin. Es radicalmente prudente.

En el *nivel 1* se entiende la prudencia como la forma de inteligencia que tiende a conocer mejor la realidad para manejarla con más astucia en provecho propio.

En los niveles 2 y 3, ser prudente significa movilizar la propia inteligencia para conocer la grandeza del ideal de la unidad, prever

la elevación que puede dar a nuestra vida y prevenir las dificultades que entrañe su realización. En estos niveles, la prudencia se inspira en el amor incondicional a la verdad.

Por eso el prudente es *tolerante*. Ser tolerante significa, en rigor, *buscar la verdad en común*, prever y aceptar que el otro pueda haber visto, en todo o en parte, algún aspecto de la realidad que a uno le pasó inadvertido, y estar dispuesto, consiguientemente, a cambiar de opinión. Buscar la verdad en común exige sencillez de espíritu, disposición a reconocer que uno no está en posesión de toda la verdad y buscarla en diálogo. El que está apegado a sus opiniones y carece de flexibilidad para cambiarlas si es necesario, o al menos matizarlas, no actúa con prudencia y con *cordura*, que significa actuar con el corazón, por amor a la verdad.

La tolerancia no implica admitir cualquier idea o acción. Eso sería mera *permissividad*. La permissividad se basa en la indiferencia respecto al bien de los demás. No busca, por tanto, su felicidad sino la comodidad propia.

La tolerancia es inspirada por el amor a la unidad, pues tal amor nos ayuda a integrar y conciliar aspectos de nuestra vida que en el *nivel 1* aparecen como opuestos, y en los niveles 2 y 3 se muestran como contrastados y complementarios. Pensemos, por ejemplo, en las energías instintivas y las espirituales, entre la búsqueda de la verdad realizada por nosotros y la realizada por otros.

Frutos de la virtud de la prudencia

Cuando orientamos prudentemente nuestra vida hacia el ideal de la unidad y lo tomamos como principio interno de acción, nos elevamos a los niveles 2 y 3, y comprendemos de forma rápida y profunda los principales aspectos de nuestra vida. Entre ellos resaltan, como hemos visto, los siguientes:

- La libertad interior o libertad creativa.
- El sentido de la vida.
- La posibilidad de ser creativos, aun no siendo genios.
- La importancia de pensar y vivir de modo relacional.
- La riqueza del lenguaje y el silencio, cuando son vistos como vehículos del encuentro.
- El poder destructivo del vértigo y la capacidad constructiva del éxtasis.
- La función positiva de la afectividad humana.

El descubrimiento de estos siete aspectos decisivos de nuestra vida es tarea de la prudencia. *El que es prudente advierte que todo depende en nuestra vida del ideal de la unidad.* Esta capacidad de comprensión que muestra la prudencia sólo es posible cuando se ha llevado la inteligencia a madurez, otorgándole sus tres condiciones básicas: *largo alcance* (capacidad de ver más allá de las ganancias inmediatas), *comprensión* (poder captar al mismo tiempo diversas realidades o aspectos de una realidad) y *profundidad* (penetración en el sentido de cuanto se ve y analiza).

Presupuesto indispensable de la prudencia es, pues, *aprender a pensar con rigor*, tener poder de discernimiento para distinguir las meras opiniones y las certezas, lo importante y lo secundario, los prejuicios y los juicios bien asentados en la realidad. Para ello debemos poner en juego el antídoto contra la manipulación, a fin de conservar la libertad de pensar y decidir, de seleccionar lo noble a costa de lo ruin, lo que construye a expensas de lo que destruye. No ayudar a niños y jóvenes a conocer las astucias de los manipuladores es una grave imprudencia por parte de los educadores, pues la labor educativa que realizan con ellos durante años de esfuerzo puede destruirla un manipulador con un golpe artero si los encuentra desprevenidos.

Actitudes contrarias a la virtud de la prudencia

De lo antedicho se colige que el máximo enemigo de la prudencia es el *reduccionismo*, la tendencia a rebajar el valor de la vida humana: reducir el amor conyugal a mera pasión, la libertad creativa a mera libertad de maniobra, la sublimidad del gran arte a mera sublimación de instintos reprimidos, la paz a mera falta de conflictos... El mejor remedio contra el reduccionismo consiste en descubrir la grandeza que puede adquirir nuestra vida cuando la vivimos en el *nivel 2*, bien fundamentados en el *nivel 3* mediante la opción incondicional por los grandes valores: la unidad, la bondad, la justicia, la belleza...

El reduccionismo florece en un clima de superficialidad en el pensar. La *superficialidad* en el tratamiento de las grandes cuestiones de la existencia es la carcoma de la prudencia. Ésta tiende a dar razón profunda de cuanto hacemos, orientando la actividad al ideal verdadero de la vida. Tal orientación la conseguimos cuando no nos contentamos con medias verdades y buscamos la autenticidad plena.

La mayor imprudencia que podemos cometer en la vida es entregarnos a cualquier tipo de vértigo porque éste nos enceguece para los grandes valores y nos retiene en el *nivel 1*, impulsado por el egoísmo, y nos acerca al abismo espiritual que suponen los niveles -1, -2, -3, -4.

IV. CONCLUSIÓN

Lejos de ser una virtud pacata, medrosa, calculadora en exceso, la prudencia implica decisión para orientar toda la vida conforme a las altas exigencias del ideal de la unidad. Para mantener esa orientación se requiere imaginación creativa, tenacidad en el esfuerzo, capacidad para distinguir lo esencial de lo accesorio, entusiasmo ante los valores más altos, flexibilidad para armonizar los grandes principios y las necesidades cotidianas. Ser prudente significa imprimir a toda la vida un sello de autenticidad, de fraternidad y solidaridad, de apuesta por el bien común, de entrega constante a la edificación de una vida comunitaria desbordante de valores.

Por muy profundas razones, la prudencia aparece siempre vinculada a la sabiduría. Nada extraño que la Sagrada Escritura haya dedicado a esta virtud los más encendidos elogios. El hombre prudente edifica sobre roca, no olvida el aceite para la lámpara, compra a tiempo el campo que encierra la perla escondida, se afana por hacer fructificar los talentos recibidos... Con razón merece la confianza de su Señor. Bien se dice en el libro de los Proverbios (14, 8): *“La sabiduría del prudente está en conocer su camino; la insensatez de los necios, en engañarse”*.

OBRAS DE ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

1. Amor generoso y libertad creativa, Amazon 2021
2. El amor humano, su sentido y su alcance, Edibesa, Madrid ⁴2017
3. El arte de cuidar la salud, Amazon 2020
4. El arte de leer creativamente, Amazon 2022
5. El ascenso a la creatividad, autobiografía dialogada, (Catalina Dobre y Rafael García, Ed. Anahuac, Mexico 2016)
6. La belleza de la fe, Desclée de Brouwer, Bilbao 2018
7. Biblioteca del educador, seis tomos. Puerto de Palos, Buenos Aires 2006
8. Las cimas de la cultura y el ascenso al amor oblativo, Ed. UFV, Madrid 2022
9. Cinco grandes tareas de la filosofía actual, UFV, Madrid 2015
10. Como formarse en ética a través de la literatura, Rialp, Madrid ²1997
11. Cómo lograr una formación integral. El modo óptimo de realizar la función tutorial, Ed. San Pablo, Madrid ²1997. Nueva edición: un modo creativo de educar, Didáskalos, Madrid 2023
12. El conocimiento de los valores, Verbo Divino, Estella ³1999. Biblioteca digital UFV, Madrid
13. Cuatro filósofos en busca de Dios. La Fe en alza, Rialp, Madrid ⁴2003
14. Cuatro personalistas en busca de sentido. Ebner, Guardani, Marcel y Laín, Rialp, Madrid 2009
15. La cultura y el sentido de la vida, Rialp, Madrid ²2003
16. La defensa de la libertad en la era de la comunicación, asociación a favor de lo mejor, México 2004; La defensa de la libertad en la era de la comunicación, ppc, Madrid 2004
17. El descubrimiento del amor auténtico. Claves para orientar la afectividad. Bac, Madrid 2012
18. Descubrir la grandeza de la vida, Verbo Divino, Estella 2003, Desclée de Brouwer, Bilbao ²2009
19. Diagnóstico del hombre actual, Guadarrama, Madrid 1966; Colección Digital, Editorial UFV, Madrid 2014.

20. El encuentro y la alegría. Llamados al encuentro. Ciudad Nueva, 2011
21. Encuentro y la plenitud de vida espiritual, Publicaciones Claretianas, Madrid 1990
22. El enigma de la belleza, D. De Brouwer, Bilbao 2016
El espíritu de Europa. Claves para una reevangelización, Unión Editorial, Madrid 2000, Colección Fundación López Quintás, Amazon 2020
23. Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura, Rialp, Madrid ³1998.
24. La ética o es transfiguración o no es nada, Bac, Madrid 2014
25. La experiencia estética y su poder formativo, Univ. Deusto, Bilbao 2004; Amazon 2023
26. Filosofía española contemporánea, Bac, Madrid 1970
27. La filosofía y su fecundidad pedagógica, revista *Estudios*, Madrid 2003.
- 28.
29. La formación para el amor. Tres diálogos entre jóvenes, edit. San Pablo 1995
30. La formación por el arte y la literatura, Rialp, Madrid 1993
31. Hacia un estilo integral de pensar, vol. I. Estética, Editora Nacional, Madrid 1967
32. Hacia un estilo integral de pensar. Vol. II. Metodología, antropología, Editora Nacional, Madrid 1967
33. Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores. (Remodelación de la obra *el arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*), Bac, Madrid ⁴2003
34. Los jóvenes frente a una sociedad manipuladora, San Pío X, Madrid 1985, ²1991
35. La juventud actual entre el vértigo y el éxtasis, publicaciones Claretianas, Madrid ³1993, Amazon 2021
36. El libro de los valores (Gustavo Villalpalos y Alfonso López Quintás), Planeta-Testimonio, Barcelona 1996, ¹⁰2003, Nueva edición: el libro de los grandes valores, bac, madrid 2013
37. Liderazgo creativo, ed. Nobel, oviedo 2004; Amazon 2020
38. Literatura y formación humana, Ed. San Pablo, Madrid ²1997

39. Literatura francesa del siglo XX, Rialp, Madrid 2015
40. El logro de la plenitud personal, Teen Star, Santiago de Chile; Editorial UFV Madrid, 2023
- 41.
42. Manual de formación ética del voluntario, Ed. Rialp, Madrid 1998
43. Metodología de lo suprasensible, vol. I. Descubrimiento de lo superobjetivo y crisis del objetivismo, Editora Nacional, Madrid 1963; Editorial UFV, Madrid 2014.
- 44.
45. La mirada profunda y el silencio de dios, editorial UFV, Madrid 2019
46. Necesidad de una renovación moral, Edicep, Valencia 1994
47. Lo noble y lo profundo, Amazon 2022
48. La Novena Sinfonía de Beethoven, Rialp, Madrid 2015
49. La palabra manipuladora, Rialp, Madrid 2015
50. El pensamiento filosófico de Ortega y D'ors, Amazon 2022
51. El poder del diálogo y del encuentro, Bac, Madrid 2^a1997
52. El poder formativo de la música. Estética musical, Amazon 2021
53. El poder transfigurador del arte, Promesa, Costa Rica 2004
54. Prólogos que abren mundos, Amazon 2023
55. Quince días con Romano Guardini, Ciudad Nueva, Madrid, 2010
La revolución oculta. Manipulación del lenguaje. Subversión de valores (remodelación de el secuestro del lenguaje), PPC, Madrid 1998; La manipulación al descubierto, Amazon 2020
56. Romano Guardini y la dialéctica de lo viviente, Guadarrama, Madrid 1966
57. Romano Guardini, maestro de vida, Ed. Palabra, Madrid 1998
58. El secreto de una vida lograda, Palabra, Madrid 2003.
59. Signs of admiration. Qualfon University, 2014
60. Las sinrazones del aborto, Palabra, Madrid 2016
61. La tolerancia y la manipulación, Rialp, Madrid 2001
62. El triángulo hermenéutico, Editora Nacional, Madrid 1971; Editorial UFV, Madrid 2014.

63. El valor de la unidad familiar, Fundación Amigos de la Barrera Editorial, Orense 2017
64. La verdadera imagen de Romano Guardini, Eunsa, Pamplona 2001
65. Vértigo y éxtasis, Rialp, Madrid 2006

